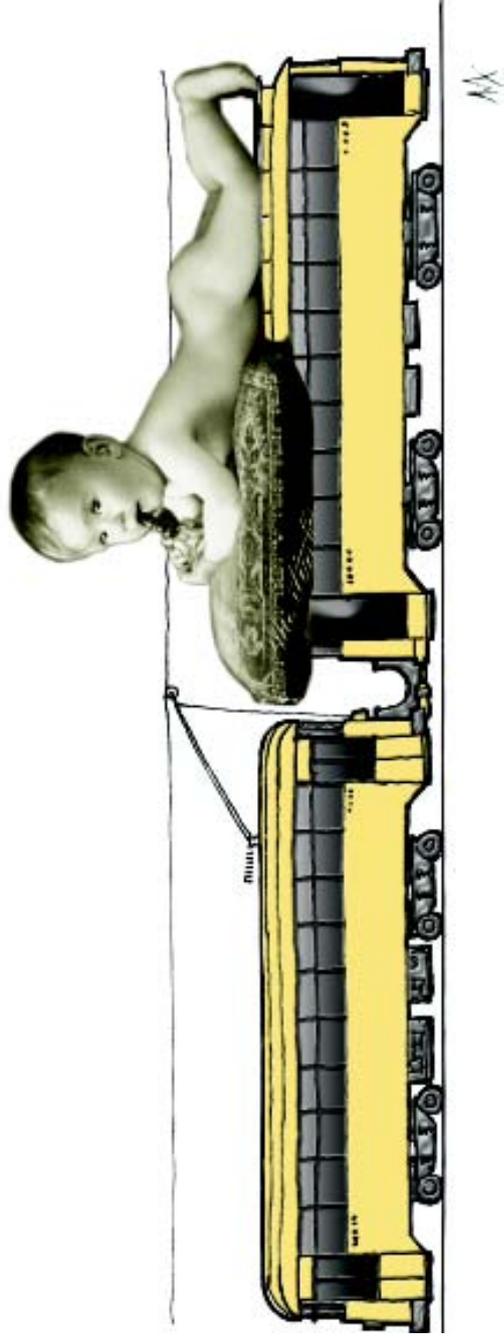


Desde el tranvía



Desde el tranvía

Manuel Palafox Trujillo

® MANUEL PALAFOX TRUJILLO, 1997

Diseño editorial:

Ana Zarina Palafox Méndez y

Rocío Mabarak Pensado

Diseño de portada:

Manuel Palafox Trujillo y

Ana Zarina Palafox Méndez

Fotografía de portada:

ESTUDIO MARTÍN ORTIZ, 1928

Ilustraciones:

Manuel Palafox Trujillo

Quiero dejar este testimonio de alguien que vio y vivió en la ciudad de México en el segundo, tercero y cuarto cuartos del Siglo XX. Sólo me he apoyado en mi memoria, no he querido recurrir a investigación o documentación alguna.

Todas las épocas que viví tuvieron algo de tristeza, felicidad, encanto, decepciones y personajes de todas clases, que forjaron la historia de mi Ciudad.

Dedico esta pequeña obra a todos los habitantes de mi Ciudad, sin distinción de clases; nacidos en ella, hijos de inmigrantes de otros lugares del país y del mundo, llegados a ella con la esperanza de una mejor vida; algunos la encontraron, otros no. De cualquier manera, todos ellos han participado en la construcción de lo que hoy es la ciudad más poblada del mundo, siempre vigilada por el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, que a veces se pone de mal humor y lanza improperios en forma de humo.

LA CONOCÍ DESDE que era chiquita; amable, limpia, antigua. Tenía reminiscencias del pasado; recordaba todavía los días de Díaz, Madero, Carranza. En esa época estaba en auge el socialismo de V. Lombardo Toledano, Diego Rivera, el Coronelazo Alfaro Siqueiros; la casa del Obrero Mundial, la Ley Federal del Trabajo.

Se estrenó el **mercado Abelardo Rodríguez**, en las calles del Carmen y República de Venezuela, con una gran feria, instalada con todas las diversiones y aparatos mecánicos.

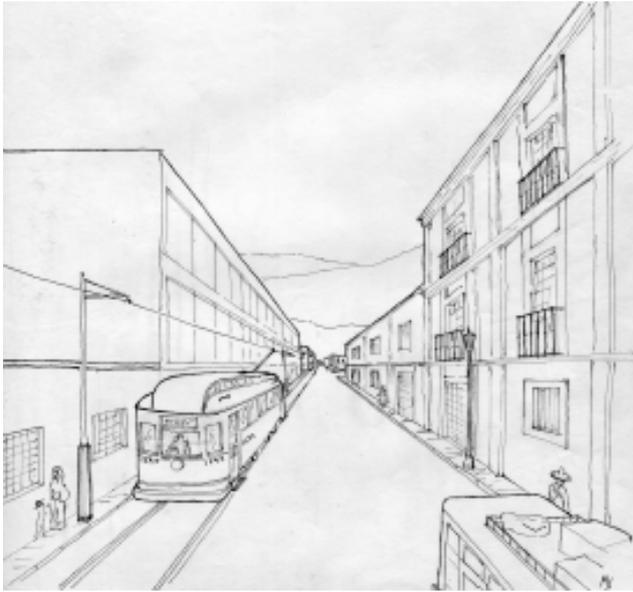
El circo Beas, con su payaso Pirrín, quien tocaba en el banjo sobre el trapecio, "No hagas llorar a esa mujer", del inolvidable Joaquín Pardavé.

Los payasos eran cómico-trágicos, más que hoy en día.

Vivíamos en la **nueva colonia Zacahuitzco**, situada entre la Calzada de Tlalpan, el Canal de Miramontes, Emilio Carranza (que era el antiguo camino a San Andrés Tetepilco, pueblo perteneciente a la Delegación de Ixtapalapa -con x, ahora con z-) y la calle de Zacahuitzco, con sus cinco "cerradas". Nuestra casa distaba una cuadra de los límites de la Ciudad de México con la delegación de Ixtapalapa. Viendo a la calle de Valdivia, a un costado, la Avenida Bretaña (llamada Avenida seguramente porque es dos metros mas ancha); a espaldas, el canal de Miramontes, rama Sur del canal del desagüe, ahora Av. Plutarco Elías Calles.

LA CIUDAD DE MÉXICO no es, como todo mundo dice, sinónimo del Distrito Federal. Las delegaciones como Coyoacán, San Ángel (ahora Alvaro Obregón), Tlalpan, Ixtacalco, Ixtapalapa, Xochimilco, Milpa Alta, Cuajimalpa, etc., pertenecen al D.F., pero no a la Ciudad de México.

La diferencia se marcaba de muchas maneras, inclusive en el precio del pasaje de los tranvías, medio de transporte de la clase media; los camiones solamente los abordaban personas que no tenían otro remedio.



Estos tranvías eran amarillos, eléctricos, amplios, importados, regentados por la "**Compañía de Tranvías de México**", empresa de capital extranjero.

La tripulación constaba de dos personas en los trenes sencillos, y tres en los dobles.

Los trenes dobles se componían de un tren motorizado y un "remolque", el cual era de segunda clase.

El pasaje en los trenes "de primera" se pagaba con planillas verdes, en viajes hasta cerca de los límites de la Ciudad. Para llegar hasta las delegaciones del D.F. se usaban planillas color naranja.

Las planillas verdes se adquirían a tres por quince centavos, y las color naranja a tres por veinticinco.

Había un motorista y uno o dos conductores.

El conductor de "primera" hacía las veces de comandante de la nave.

Los tranviarios eran gente educada, pulcramente vestida (a mí ya no me tocó verlos en uniforme, eso se acabó en los años veintes).

POR LA CALZADA DE TLALPAN había varias rutas: Portales, que llegaba hasta la estación Portales (sita en la esquina de Calzada de Tlalpan y Municipio Libre, en la colonia Portales), Churubusco, que terminaba su recorrido en la glorieta del General Anaya (esquina de Calzada de Tlalpan y Héroes del 47). La estatua del General estuvo por muchos años en esa glorieta. Ahora, tuvo qué tocar "retirada" y se replegó hasta el jardín que está frente al Convento de Churubusco; se repitió la historia: en ese convento fue vencido y tomado preso por los invasores yanquis.



Otra ruta era Coyoacán, que, siguiendo de la glorieta de Churubusco, terminaba en el Jardín Hidalgo de Coyoacán.

Al llegar a dicho jardín, seguía de frente hasta el final de la Avenida Hidalgo, donde estaba el "Cine Centenario"; allí todavía existe la "Nevería la Siberia", conservando su fama y calidad de otros tiempos y, recientemente, un Sanborn's; al llegar a este punto, retrocedía a un escape que daba vuelta sobre la calle Aguayo, todavía frente al Jardín que está limitado por el Palacio de Cortés. Se dice que Hernán Cortés nunca estuvo en este palacio.

Después de esta maniobra, caminaba hacia el frente, virando a la izquierda hasta llegar a la estación, situada entre el jardín principal, la Parroquia de San Juan Bautista y la calle de Caballoalco. Ahí lo abordaban los pasajeros que iban a la Ciudad de México.

Atrás de la estación en un jardín triangular estuvieron por muchos años los taxis del "Sitio Coyoacán"; ahora están dando vuelta, a espaldas de la Iglesia, sobre Caballocalco.

En este preciso lugar se encuentra actualmente una especie de montículo con taludes de "piedra braza", material característico de esta zona del D. F., sacado del Pedregal, y que ha sido usado por siglos en las construcciones del Valle de México.

Dicho montículo fue construido dentro de la renovación del Jardín y tuvo en su cima un conjunto escultórico efímero (duró como dos años) en el que estaba representado el mestizaje: un español, una indígena, un hijo y una hija. Fue muy criticado, pues el mexicano siente todavía el "pecado original" cometido por sus antepasados. Otro motivo de crítica es que "dicen" que los hijos del "señor delegado" en turno fueron impuestos como modelos para el escultor.

De la Villa de Coyoacán, cabecera de la delegación, guardo innumerables recuerdos, que sigo acumulando hasta la fecha; amor, no platónico, sino infantil, la escuela primaria donde cursé un sólo año, pues las monjas que la atendían decidieron no dar lugar a la inmoralidad (fisgábamos a través de la pequeña barda a las niñas), al tener grupos (separados) de niños y niñas, convirtiéndola en escuela de niñas solamente, cortándome así la inspiración.

Todas mis anécdotas ligadas a Coyoacán debería contarlas en un libro aparte, de varios tomos.

Hacia los años 40's, entre los personajes que habitaban Coyoacán se encontraban familias de "abolengo": los Pons, los Noriega, los Vladenieres, los Fuch, los Speere, los Duvernard.

Recuerdo al Sr. Pop, un viejo austríaco que tenía una granja avícola sobre la Avenida Hidalgo, a dos calles del jardín, en la que criaba aves de raza, nosotros les comprábamos pollitos para criar.

Este señor tenía como guardián un perro pastor alemán inmenso y muy bravo, que conservaba enjaulado todo el día y, al dar las 6:00 p.m., lo alimentaba con un gran perol de carne semi-cocida y lo dejaba libre en un pasillo perimetral, entre las bardas de la granja y los gallineros. ¡A nadie se le ocurría entrar a robar!

Podemos entender que una granja avícola estuviera situada a dos calles del jardín Hidalgo, pues Coyoacán era realmente un pueblo lejano del D.F.

No sé en manos de quién fue a parar ese terreno, pues el matrimonio Pop no tenía hijos ni parientes en México.

En Coyoacán ya estaba desde esos años la "**Casa de Cuna**", asilo de niños abandonados en los primeros años de su infancia. Era un edificio "moderno" (años treinta) que fue demolido y sustituido por otro más "moderno" (años sesenta), que también será sustituido por otro más "moderno", cuando éste llegue a la tercera edad.

 OTRA LÍNEA DE TRANVÍAS de la Calzada de Tlalpan era la de Huipulco que, saliendo del Zócalo por la misma ruta que la de Coyoacán, después de la glorieta de Churubusco, pasaba por la esquina de Calzada de Tlalpan y Taxqueña, que hoy en día es la terminal del metro Cuatro Caminos-Taxqueña y el principio del tren "ligero" hacia Xochimilco y Tlalpan. Para este tren, se habilitaron carros viejos de los tranvías, resultando muy pesados y defectuosos, por lo que se suspendió el servicio hasta tener los actuales, un poco más ligeros y funcionales. Después, la línea Huipulco cruzaba por un buen número de colonias burocráticas (cuando menos en su origen), como Centinela, Educación, Xotepingo, etc., esta última tiene la particularidad de haber sido construida rodeando la **casa de bombas de Xotepingo**, que fue la más importante del Distrito Federal, pues recibía el agua de los manantiales de Xochimilco y la enviaba a la Ciudad de México, antes que se decidiera acabar con la ecología en el Valle de Lerma para apagar la sed cada vez más grande de nuestra ciudad.

Continuando hacia el Sur, pasaba por Santa Úrsula Coapa, pueblo situado frente al casco de lo que fue la Hacienda de San Antonio Coapa, propiedad de las nietas del benemérito Juárez (algo les debía tocar a la hora de la repartición de los bienes de la Iglesia por las leyes de Reforma). Dicha hacienda fue en su tiempo una de las más extensas del Valle de México, pues colindaba, al Sureste, con la de San Juan de Dios, en Chalco que, por cierto, le tocó también en la repartición a la familia Galarza. Ambas desaparecieron en la Revolución, quedando sólo los cascos, y una pequeña extensión de tierras. La Hacienda de San Juan de Dios fue devuelta por el ingeniero Ignacio Galarza, descendiente de esta familia, para lavar la conciencia cristiana familiar.

Las pocas tierras que quedaron en Coapa fueron

fraccionadas en granjas y lotes para industria. Ahí se estableció la primera fábrica del **Ron Castillo**, propiedad de don Federico Goes, persona muy ducha en los licores, puesto que la base de su fortuna la amasó durante la ley seca de nuestro vecino del Norte "comerciendo" con Whisky de Canadá hacia Milwaukee, Wis.

Con el tiempo estas granjas e industrias desaparecieron, dando paso al implacable avance de la mancha urbana, en forma de unidades habitacionales de interés medio y social; dichas viviendas nunca llegaron a ser propiedad de las clases más necesitadas, pero así se les llama oficialmente.

El tranvía seguía su camino hacia la "Y" griega, donde se une la Avenida División del Norte (uno de los pocos homenajes al Caudillo del Norte, quien, a su vez es uno de los pocos héroes auténticos de la Revolución).

Dicha avenida se hizo siguiendo el camino del acueducto que, desde Xochimilco, llegaba hasta la **casa de bombas de la Condesa**, situada en la Calzada Tacubaya y Juanacatlán. Esta casa de bombas ya fue demolida, y su fachada de cantera se encuentra como decoración teatral al frente de la **Casa de la Cultura de Tlalpan**; afortunadamente no quedó en manos de algún político como botín de guerra; las otras tres fachadas yacen en el patio trasero de dicha casa de la cultura.

Al llegar a la glorieta de Huipulco, regresaba hacia el Norte, hasta el Zócalo capitalino.

Dos líneas más seguían al Sur desde Huipulco, una hacia Xochimilco y la otra hacia Tlalpan sobre la calle del ferrocarril, teniendo por terminal la antigua estación del ferrocarril del Valle de México, situada en el cruce de las calles del Ferrocarril y San Fernando, en el pueblo de Tlalpan.

El Ferrocarril del Valle de México, según relatos de mi padre, salía de una estación de la Ciudad de México hacia

el pueblo de Tlalpan precisamente a esa estación terminal. Según mi padre, cuando decidían hacer el largo viaje desde la ciudad hasta el bello paraje de las Fuentes Brotantes, en Tlalpan, iban a la iglesia a confesarse y comulgar, por si había algún contratiempo en el largo camino. Tomaban el ferrocarril muy de mañana hacia Tlalpan y ahí transbordaban a las carretas tiradas por mulas, que hacían el viaje de la estación ferroviaria de Tlalpan hasta el parque referido. Estas carretas fueron las predecesoras de los microbuses actuales, que sirven de conexión entre las estaciones del metro y los lugares adonde no llega este servicio.

El regreso del día de campo era por la tarde y, llegando sanos y salvos a la Ciudad de México por la noche, daban gracias al Cielo por haber terminado bien tan temeraria aventura.

La otra línea de tranvías que también salía del costado Sur del Zócalo seguía a Huipulco y a Xochimilco, pasando por el pueblo de Tepepan que, por cierto, fue lugar de nacimiento (?) de don Francisco Fuentes, alias Madaleno, miembro de una honorable y bien acomodada familia de este pueblo quien toda su vida fue realmente un culto caballero, pintor y cómico caracterizando al personaje campirano con gran finura y propiedad. ¡Cuántos cómicos de este género deberían tomar su ejemplo y no denigrar al campesino caricaturizándolo grotescamente!

Después de Tepepan, el tranvía llegaba al pueblo de Xochimilco "la Venecia mexicana" (para mí, Venecia es el Xochimilco italiano, gracias a mi nacionalismo).

Xochimilco conserva su fisonomía a pesar del exceso de turistas y alcohol; conserva su iglesia, una de las primeras en el Valle, su mercado de frutas, verduras, flores y comida, mucha comida mexicana: tamales, carnitas, barbacoa, tacos, caldos de hongos, de barbacoa, de pollo y las siempre sabrosas variedades confeccionadas con maíz como gordi-

tas pellizcadas, sopas, memelas, huaraches, quesadillas, etc., además de tres especialidades de la región que son el aceite de oliva, los acotziles y el pescado blanco en hoja de maíz. Los olivos, origen de este aceite, son, muchos de ellos, los que mandó plantar Hernán Cortés.

En Xochimilco se acostumbra ir a comprar, desde que tengo uso de razón, plantas y flores cultivadas en sus chinampas. El significado de esta palabra es bien conocido: son terrenos flotantes en su origen que cubren el 90% del área del lago; ahora ya no son flotantes, quedaron anclados al fondo, principalmente por los ahuejotes (especie de ciprés que rodea a las chinampas y las protege de los vientos).

De la terminal del tranvía en la plaza principal de Xochimilco, frente a la Parroquia, partía un tren diminuto, de cuatro ruedas y dos troles, que caminaba igual para adelante que para atrás, con sólo cambiar el trole y las manivelas de control. Llegaba hasta la zona de manantiales y el **embarcadero de Nativitas**, lugar pródigo en restaurantes típicos con mariachis, bandas, marimbas y demás conjuntos musicales que amenizaban la comida y servían de acompañamiento a las parejas de bailarines ya al atardecer.

Estos restaurantes, no fondas, porque eran grandes, estuvieron muy de moda en los años treinta, entre políticos y funcionarios para que, con cualquier pretexto, oficial o privado, como el cumpleaños del jefe, el nuevo nombramiento, etc., organizar comidas que se alargaban hasta la noche, terminando con la embriaguez de algunos funcionarios medios y bajos de la oficina en turno y algunas veces con la de los jefes.

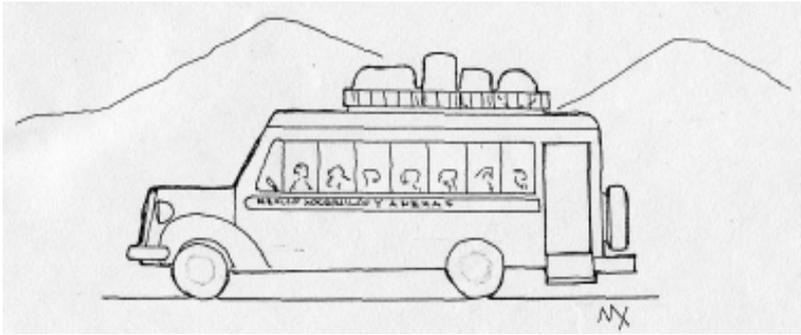
Entre los establecimientos de Nativitas se distinguió el **restaurante "Las Flores"**, de don Pedro Neri, oaxaqueño orgulloso de serlo, como todos los oaxaqueños, que servía los más exquisitos platillos mexicanos y, en especial, de

Oaxaca, tales como chapulines, moles, chorizo, queso, tasajo, cecina y tamales, siempre ofrecidos por él y su amable esposa Conchita.

Mi padre era muy afecto a llevarnos al restaurante "Las Flores", costumbre que adquirió siendo funcionario del Departamento del Distrito Federal de 1920 a 1939.

Don Pedro Neri abrió después otro lugar, "**Casa Neri**", en la calle de Bélgica, en la colonia Portales, donde él vivía, con la misma cocina y trato que en el de Xochimilco. A estas fechas (los noventas) todavía voy a saborear los platillos oaxaqueños que, aunque don Pedro y Conchita ya fallecieron, está atendido por su hija y su yerno, quienes conservan esta sabrosa tradición, siendo mesero todavía, ya muy grande, un hermano de doña Conchita.

Olvidaba otra ruta de tranvías de Calzada de Tlalpan, por ser muy nueva (1939). Era la línea Santa María-Álamos, que partía de la colonia Santa María la Ribera y terminaba en la colonia Álamos. Después se prolongó hasta la estación portales (esquina de Calzada de Tlalpan y Municipio Libre), cambiando su nombre por el de Santa María-Portales.



Los camiones

PARALELAS A LAS RUTAS de tranvías, todas de la misma empresa extranjera, que con el tiempo se nacionalizó (estatizó) hasta que a base de grandes esfuerzos por parte de los administradores oficiales se logró quebrar y desaparecer, había líneas de camiones de pasajeros, estas, por el contrario, de diferentes empresas privadas y pintados de diferentes colores, que hacían fácil su identificación a distancia.

Sobre las rutas de Calzada de Tlalpan, recuerdo las siguientes: General Anaya, color azul claro con franja naranja, del centro de la ciudad hasta la parada Portales y Zapata; la línea Coyoacán, amarillo con franja roja, del centro hasta Coyoacán; la de Tlalpan, color crema con franja café, del centro al vecino pueblo de Tlalpan; la de Xochimilco, de la plaza de la Aguilita, en el rumbo de la Merced, color verde, siempre con canastilla sobre el toldo, con carga de verduras y flores entre los pasajeros y sobre la

canastilla. Todavía tengo grabado el olor a plantas, perfume de las flores y humedad, mucha humedad y lodo en el piso. Esta línea competía con las góndolas, que eran trenes de carga con carros caja y plataformas, pintados en "primer" rojo óxido, en el transporte a baja escala de productos de las chinampas hacia el **Mercado de la Merced**, centro de abasto de toda la ciudad de México, que se iba modernizando, siempre con treinta años de retraso, hasta llegar a la nueva y obsoleta de nacimiento **Central de Abastos** en Ixtapalapa.

Y O PERTENECÍA A UNA familia acomodada: nos acomodábamos como podíamos los once hijos, los papás, tres tías, uno o dos tíos y mi abuelita, todos en la **casa no.**

100 de la calle de Valdivia, por cierto muy amplia, casa que todavía existe gracias -contra muchas opiniones- al empeño de mi hermano Jesús de conservarla como recuerdo, aunque según mis cuentas, le cuesta bastante mantenerla en buenas condiciones.

Mis hermanos y yo usábamos todas las líneas de tranvías, y a veces las de camiones que pasaban por la Calzada de Tlalpan, las que abordábamos en la parada Bretaña, distante cinco cuadras de nuestra casa, después de cursar la primaria, pues a ésta nos dábamos el lujo de viajar en automóvil con chofer. Este lujo se acabó por la constante inflación. Fue entonces cuando empecé a comprender la frase que Adán le dijo a Eva al salir despedidos del paraíso: "No te angusties, Eva, estamos en una era de transición". Todavía no se termina ni se terminará esta era.

HACIA EL SUR y el Oriente había otras líneas de tranvías, una de ellas iba del centro de la ciudad hasta la antigua **penitenciaría de Lecumberri**, ahora **Archivo General de la Nación**, que conserva toda la belleza arquitectónica de épocas pasadas pero, afortunadamente, fueron borradas todas las torturas, incomodidades y mugre que



caracterizan a cualquier cárcel en cualquier lugar del mundo. Otra ruta iba a Iztacalco, por la Calzada de la Viga. Una más, comenzando por la misma ruta e Iztacalco y siguiendo por el costado Oriente del canal de la Viga, pasando por el pueblito de Santa Anita, donde los viernes de Dolores se instalaba toda una feria con peleas de gallos, jaripeo, corridas de toros, antojitos, pulque, trajineras para pasear por el canal, chalupas con toda clase de antojitos, y otras en Xochimilco. Después de Santa Anita, San Juanico, "el

Sifón", que era realmente un sifón en la corriente del Río de Churubusco para pasar por debajo del canal de la Viga (actualmente se invirtieron los papeles, y sólo se ve un gran puente de la "Avenida Río de Churubusco", que pasa por encima de la "Calzada de la Viga"). El tranvía daba vuelta a la izquierda en la calzada Ermita Ixtapalapa, exactamente frente al templo del pueblo de Mexicalzingo, uno de los primeros construidos en la época colonial y por donde se supone que pasó Hernán Cortés en su llegada a Tenochtitlan.

Entrando al pueblo de Iztapalapa por la calle principal, el tren tenía su terminal frente al mercado y la parroquia, otra joya arquitectónica de varias épocas y que es una mezcla de muchos estilos, pero que, al fin, habla de historia. El pueblo de Iztapalapa sigue conservando la tradicional celebración del viacrucis, palabra con que se denomina el caminar de Cristo hacia el Monte Calvario, representado aquí por una pequeña protuberancia en las faldas del **Cerro de la Estrella** que está considerado como el centro geográfico del Valle de México (¿¿¿¿???) sería cosa de hacer algunos trazos para comprobarlo. También lo toman los que conservan la tradición náhuatl como centro de energía.

Estas eran las rutas de tranvías hacia el Oriente y Sur. También, como en la calzada de Tlalpan corrían rutas de camiones de pasajeros, como la línea Iztapalapa, Tulyehualco, etc.

Hacia el Norte había dos líneas que, partiendo del zócalo y de la calle de Guatemala, a espaldas de la **Catedral Metropolitana** seguían por la calle de República de Argentina hasta la glorieta de Peralvillo que fue, en otra época, el sitio de la **aduanas de pulque**, por donde tenían que pasar invariablemente las cargas de pulque que venían de Hidalgo y surtían a la Ciudad de México, pagando su impuesto, pasando la inspección o, supongo, arreglándose con los inspectores como tradicionalmente se hace en México.

Hago esta suposición pues es la única explicación lógica del gran empeño y movimiento de influencias que ponían algunas personas para conseguir el nombramiento de jefe de esta aduana. En este sitio terminaba la línea Peralvillo. La otra línea de tranvías seguía hasta la **Plaza de Guadalupe**, por la misma ruta de todas las peregrinaciones que van a ver el santuario y le piden a la Virgen morena todos los imposibles que se pueden imaginar.

Al llegar a la plaza, retornaban por el mismo camino hasta Peralvillo, calle Commonfort, República del Brasil, pasando por la **plaza de Santo Domingo**, llegando a su terminal en la calle de Guatemala o el zócalo. Como en todas las rutas de tranvías, también en ésta competían líneas de camiones de pasajeros.

Como dato adicional, mi padre, el arquitecto Silvano B. Palafox realizó el proyecto y presidió durante años el comité encargado de realizar las obras de planificación para la ampliación de la ruta de peregrinaciones desde la **glorietta de Peralvillo, calzada de Guadalupe, calzada de los Misterios** -llamada así porque tenía, y aún existen, algunos pequeños monumentos de los Misterios del Rosario (rezo católico)- hasta la ampliación de la plaza de Guadalupe, e integración de los elementos ligados a la Basílica, como el convento, el colegio de niñas, el pocito, el Tepeyac, la vela del marino, etc., que se encontraban devorados por un montón de construcciones realizadas sin ton ni son en el afán de muchos de estar cerca de la Virgen.

Con los años, este proyecto tomó interés oficial y eclesiástico, y pasó el mando del comité a una persona con más ligas e intereses políticos que mi padre, a quien posteriormente le dio el codazo el arquitecto de moda quien cambió la fisonomía de la plaza y construyó un templete de concreto para la Virgen de Guadalupe tomando en cuenta más que nada el cupo necesario para los asistentes sin

importar la belleza de conjunto, al igual que en el estadio Azteca, obra del mismo arquitecto conseguida con otro codazo (soy responsable de estas apreciaciones, pues a mí y a mis hermanos nos tocó colaborar desde el último tramo de las calzadas de Guadalupe y los Misterios hasta la ampliación de la misma plaza, antes del primer codazo). El reconocimiento en la historia lo tiene quien pone la última piedra, no la primera, por eso los proyectos de sexenio presidencial en México se tienen que terminar en el mismo sexenio. La continuidad para el bien comunitario está siempre en segundo término.

TOMANDO EL RUMBO NOROESTE, existían líneas de tranvías para unir el "**Centro histórico**" -como ahora se llama-, con las poblaciones de Popotla, Tacuba y Azcapotzalco. Los tranvías partían del lado Norte de la Plaza Mayor, frente a la Catedral, seguían por la calle de Tacuba, o la Avenida 16 de Septiembre, Av. Hidalgo, **Puente de Alvarado**, ya sin puente y sin Alvarado¹.

En el pueblo de Popotla terminaba la línea del mismo nombre frente al "**árbol de la noche triste**" y, por supuesto, frente a la Iglesia. Seguía por esa ruta la línea Tacuba que terminaba en la glorieta de Tacuba -otra vez frente a la iglesia y, años después, también frente al **cabaret "Oh, qué bueno"**, de bastante mala fama, regentado por el jalisciense señor Patiño-.

También seguía por el mismo camino la línea Azcapotzalco que, dando vuelta a la izquierda en Tacuba por la Avenida Azcapotzalco, llegaba hasta el poblado del mismo nombre. La Avenida Azcapotzalco fue en otro tiempo residencia de gente pudiente, como lo demuestran las grandes casonas semi-campestres y semi-francesas que se conservan en muy pequeño número salvadas de la expansión comercial y utilitaria muy propia de cualquier comunidad creciente. Otra línea era la Santa María que, partiendo del centro, llegaba hasta la **Alameda de Santa María la Ribera**, que no es la misma que Santa María la Redonda (nunca he sabido por qué redonda). En dicha alameda, rodeando el jardín y en él su bellissimo kiosco morisco, regresaba al centro de la Ciudad de México.

¹ PEDRO DE ALVARADO: gran campeón de salto con garrocha de la delegación deportiva española que comandaba Hernán Cortés que logró cruzar el espacio dejado por el puente derribado por otros competidores en mucho menos tiempo que éstos.

Hacia la zona Sur-Poniente, con población tan extendida hacia el Sur como en el rumbo de Tlalpan y Xochimilco corrían por varias líneas los orgullosos tranvías eléctricos amarillos. Saliendo del zócalo, tomando la avenida 16 de Septiembre unas, y otras por la avenida Uruguay, después por Bucareli seguían unas por la avenida Chapultepec (antiguo paso del acueducto que iba del bosque de Chapultepec hasta la fuente del Salto del Agua, ahora copia de la original) frente a -otra vez- un templo colonial. Otras líneas por la avenida Alvaro Obregón en la antigua y apaleada colonia Roma hasta la zona de Chapultepec, avenida Pedro Antonio de los Santos y avenida Revolución, donde terminaba la ruta Tacubaya.

La línea Primavera que, pasando por la Avenida Alvaro Obregón terminaba en la esquina que hoy forman las avenidas Revolución y Benjamín Franklin, en una viejísima estación frente al cine Primavera, ya desaparecido.

Otra línea, la San Pedro de los Pinos, continuaba por la Avenida Revolución hasta el parque Piombo, de la colonia San Pedro de los Pinos. Otra línea más, ésta con trenes dobles, seguía de Tacubaya por Avenida Revolución, pasando por Mixcóac, donde terminaba otra más, la línea Mixcoac, que tenía su terminal en la **calle de Goya** y regresaba por la Avenida Patriotismo.

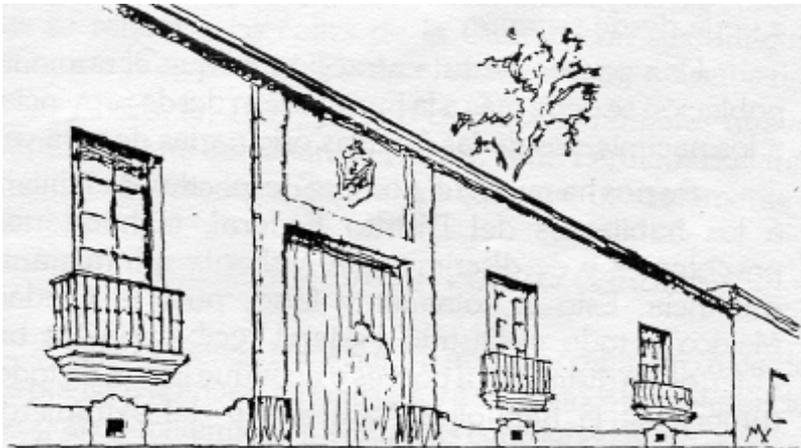
La línea Alvaro Obregón llegaba hasta el **pueblo de San Ángel** o Alvaro Obregón (escoja usted el nombre, según sus creencias o militancia política), terminando en el **jardín de San Jacinto**, lugar al que actualmente se puede asistir a tomar una copa, comer o adquirir artesanías u objetos de arte, siempre que hable inglés y esté dispuesto a dar propina a los 800,000 policías y cuidadores de automóviles que lo asaltan antes de llegar.

Del jardín triangular que está situado sobre la Avenida Revolución, frente a la calle de la Paz y frente al convento

del Carmen, partía un tren a Coyoacán por la Avenida de la Paz, Arenal y la calle Francisco Sosa, hasta el **Jardín hidalgo de Coyoacán**, donde el motorista bajaba el trole que estaba en operación, colocaba el opuesto en el cable y se llevaba sus manivelas de motor y freno al otro extremo del tren que ahora era proa en vez de popa, para regresar a San Ángel. Este tranvía era similar al de Nativitas en Xochimilco.

Otras rutas que olvido continuamente porque nunca las usé eran la de Santa Fe, de Mixcóac a dicho pueblo y la Venta, lugar situado sobre la carretera a Toluca, por el rumbo del **Desierto de los Leones** que no es desierto ni hay leones -el nombre se lo dieron los monjes que fundaron el convento- otro similar existe también en el pueblo de Tenancingo, Estado de México, y también se llama Desierto de los Leones.

Se dice que con la modernización de los medios de transporte y la alta tecnología, las distancias se acortan día con día, en la Ciudad de México pasa lo contrario, las distancias en kilómetros siguen iguales, pero las distancias en horas y minutos se han alargado por los continuos embotellamientos provocados por el exceso de vehículos y población.



Todo tiempo pasado...

SE DICE QUE todo tiempo pasado fue mejor. Esto se debe, según creo, a que uno borra los defectos y revive las cualidades del pasado (en las fotografías, por ejemplo, no se ve la mugre).

Cada época es diferente, con sus errores, aciertos, fracasos, logros, tristezas, alegrías, gente buena y mala.

Para mí, la Ciudad de México es maravillosa, con los defectos y cualidades de todas sus épocas. Tropieza, se levanta, tiembla, se inunda, llora, se divierte, trabaja, descansa, duerme, despierta; pero siempre es "altiva y orgullosa", como la Musa de la canción. Tiene la personalidad de metrópoli, está llena de cultura, arte y estudio, dejando atrás sus pocas costumbres provincianas, que tuve la suerte de ver.

Ha fascinado siempre al extranjero y al provinciano, no tanto a su poblador autóctono, que está acostumbrado a verla desde siempre.

Una prueba de esta atracción es que el aumento de población se debe más a la inmigración desde provincia que a los nacimientos de las familias originarias de este valle.

Se nos ha puesto el nombre despectivo de "chilangos" a los habitantes del Distrito Federal, tachándonos de prepotentes y de discriminar al visitante o inmigrante de provincia. Esto es totalmente falso, pues la Ciudad de México y todo el Distrito Federal recibe con los brazos abiertos sin distinción a pobres y ricos que llegan de todos los rumbos de la República Mexicana y del extranjero, los

verdaderos chilangos son aquellos inmigrantes que, después de asentarse algún tiempo en la capital, regresan esporádicamente a su provincia sintiéndose superiores a sus coterráneos que no quisieron o no pudieron instalarse en la Ciudad de México. Gracias a estos renegados provincianos se nos recibe de mala manera en la República, llegando al colmo de repartir panfletos y poner leyendas en los muros de muchas ciudades que rezan "Haz patria, mata un chilango". Afortunadamente existen también en la república personas conscientes que reconocen la hospitalidad sin límites que les brindan los habitantes de la capital y no aprueban el maltrato que ejercen por ignorancia o envidia personas de poco entendimiento que no comprenden que el tamaño de una ciudad o pueblo no nos hacen superiores o inferiores.

La Ciudad de México es realmente cosmopolita, pertenece a todos los habitantes de este país, este planeta y este Universo, así lo ha demostrado la historia.

Dos compositores de origen yucateco le cantaron a la Ciudad de México: Guadalupe Trigo con "Mi Ciudad" y Sergio Esquivel con "**San Juan de Letrán**", verdadero himno a la popular, amplia y céntrica avenida, hoy "**Eje Central Lázaro Cárdenas**", que el compositor conoció con todas sus cualidades, vicios y personajes típicos.

Recuerdo que mi padre, en los años treinta y cuarentas se refería a las calles de la Ciudad con sus antiguos nombres: Capuchinas, Plateros, etc., y esto me causaba risa.

Ahora, en 1997, yo sigo usando los nombres nuevos para mí, como San Juan de Letrán, Niño Perdido, Bucareli, etc., y provoco risa a Zarina, mi hija, que usa solamente la fórmula:

EJE + NUMERO + PUNTO CARDINAL

(Eje 2 Oriente, Eje 3 Sur...), no me acostumbro a perder los poéticos nombres de las calles y a sustituirlos por referencias

geográfico-matemáticas, según sus coordenadas.

Las siguientes generaciones, más educadas, espero, en cuestiones ecológicas identidad y tradición, seguramente volverán a usar nombres menos áridos que los actuales. Este fenómeno es normalmente cíclico.

EN EL PRINCIPIO de los años treintas, la apacible Ciudad de México y sus alrededores, tenían aún su carácter post-revolucionario.

El Presidente de la República era un general, como mandaban los cánones: fueron los últimos días del Maximato de Plutarco Elías Calles, quien fue borrado de un plumazo por Lázaro Cárdenas. La expropiación petrolera, la exaltación del ejido, el socialismo, que no era doctrina de Estado, pero daba "status" a sus seguidores, los cuales aseguraban que José Stalin era socialista, no dictador, y salvaría al mundo del odioso capitalismo, al que terminaron nuestros gobernantes entregándonos (vendiéndonos).

Las épocas en que era un delito ser católico. Ahora es un delito no serlo, así son las modas, dictadas por los "modistos" ² ideológicos.

Al partido pancista han pertenecido muchas familias de abolengo político. Hay una familia que tuvo un antecesor ideólogo de Benito Juárez, sus descendientes fueron Porfiristas, los siguientes, Maderistas, Carrancistas, Obregonistas, Callistas, sucesivamente, en una sola generación. La actual generación, años ochentas y noventas, tiene en su seno familiar a un líder burocrático y diputado, así como a un gobernador y ex-legislador. ¡La panza es primero!

En esos años estaba en boga el dicho : "No hay general que resista un cañonazo de 10 mil pesos". Ahora, 1997, dada la crisis económica, creo que no hay uno que resista uno de 5 millones.

² Aclaro que escribo "modisto", porque muchos creen que la palabra "modista" es femenino, como ebanista, costumbrista, maderista, carrancista, obregonista, cardenista, etc., grupos a los que han pertenecido muchos machistas y pancistas (los que tienen el lema político "La panza es primero").

EL VALLE DE MÉXICO, con su primitivo sistema de drenaje y sus antiguas gasolineras, nunca tuvo el problema de filtraciones de combustible ni explosiones, como ahora que todo está instalado, al decir de los responsables de la obra pública, con la "más alta tecnología", que seguramente, por alta, no llega al piso de la Gran Urbe.

Recuerdo que el Zócalo, oficialmente **Plaza de la Constitución** (aclaro que este nombre no se debe a la constitución de 1917, sino a la constitución de Cádiz, desde tiempos de la colonia), era el verdadero centro de la ciudad y sus diversas actividades: Presidenciales, de Hacienda, el Departamento del Distrito Federal con todas sus dependencias administrativas, el **Monte de Piedad**, el **Portal de Mercaderes** con sus "Eskimos" (especie de licuados de leche, clara de huevo, azúcar y sabor o fruta, con mucho aire incluido), eran deliciosos, y se quedaban pegados como bigotes.

En el jardín, vendedores de churros, muéganos y nieve. El adorno, a partir de las 6 p. m., eran las "damas de la noche" pues, en ese tiempo, se les reconoció el derecho de hacer del Zócalo su centro de contratación.

Toda la plaza estaba realizada a la manera tradicional, con sus innumerables diagonales, palmeras, macizos de flores bien cuidadas y pavimento de tepetate en sus arroyos.

Al Norte, frente a la **Catedral** (a mi modo de ver, la más hermosa de las catedrales coloniales), los tranvías de las rutas hacia el Norte, en el extremo sur, las rutas del Sur, frente al entonces único edificio del **Departamento del D. F.** (el otro edificio se construyó años después).

A la 1:00 p. m. en punto, arrancaban los "rápidos" de las rutas Villa Obregón, Tacubaya, Coyoacán, Tlalpan, Xochimilco y alguna otra que escapa a mi memoria, o más bien dicho, no sale de mi memoria.

Estos "rápidos" hacían su recorrido parando solamente en determinadas estaciones (paradas).

Para permitirles justificar su nombre, los tranvías que se encontraban a su paso, salían de la vía principal por escapes, de donde regresaban, después del paso del "rápido".

En estas "corridas" podíamos ver a los empleados de gobierno, a quienes urgía llegar a sus hogares a la hora de la comida, pues regresaban en la tarde a sus labores.

Nosotros, estudiantes entonces, gozábamos viajar en los "rápidos", para sentir el vértigo de la velocidad, que llegaba hasta a 60 km./hora o 70, cuando el motorista decidía jugarse la vida en compañía de sus pasajeros.

Nos divertía mucho ver a los empleados del D. D. F. salir en estampida hasta los tranvías, pues estos nunca se atrasaban ni 15 segundos en su horario.

El agradable y adormecedor vaivén del tranvía y el casi nulo sonido de sus motores eléctricos, me hacían pensar en las canciones marinas de zarzuela, ópera y otras.

*"Al ver, en la inmensa llanura del mar...
Las aves que vuelan..."*

LOS ACCIDENTES en los tranvías eran escasos, algún atropellado, una señora que se cayó al bajar, etc. Se aseguraba que el verdadero peligro estaba en los camiones de pasajeros, que, para ganar unos centavos más, corrían de forma atrabancada (igual que hoy en día). Había una canción popular que decía:

*"Ahí va el camión, ahí va el camión,
Ahí va el camión, corriendo con coraje
Y el conductor... Y el cobrador...
Y el inspector... Moliendo a su pasaje..."*

Los camiones de pasajeros, en contraste con los bien diseñados y bien fabricados tranvías, eran construidos por herreros, carpinteros, hojalateros y mecánicos con mucha inventiva pero muy escasa técnica; los había altos, bajos, anchos, angostos, largos, cortos; pero eso sí: todos ellos incómodos.

Con estas experiencias, se formaron con los años grandes empresas especializadas en la fabricación de autobuses, no perfectos hasta la fecha, a costillas de los sufridos pasajeros que les sirvieron de animales de laboratorio.

Cuando los tranvías amarillos, eran muy pocos los jóvenes, normalmente hijos de ex-jefes revolucionarios en el candelero, que tenían automóvil.

La juventud privilegiada que estudiaba, se movía, al igual que el grueso de la población, en tranvías y camiones.

Años y años perduraron las rutas de ambos transportes sin cambio alguno, por lo que nosotros los usuarios (palabra oficial con que se designa ahora al que utiliza un servicio) conocíamos perfectamente rutas y transbordos dentro del Distrito Federal, distinguiéndolos además de lejos por sus colores.

Cuando nuestros celosos gobernantes metieron mano y reorganizaron el transporte, los usuarios nos desorganizamos totalmente, pues continuamente cambiaban las rutas y rebautizaban lugares, calles y colonias. Hay qué tomar en cuenta los nombres de los políticos de moda y rebautizar calles con nombres de personajes buenos, malos y peores. Yo considero que debería haber una ley que prohíba poner nombres de esta casta privilegiada a calles, poblaciones y colonias en un plazo mínimo de veinte años posteriores a su existencia para ser objetivos en cuanto a su valor real³.

La planeación del transporte público siempre ha marchado algunos pasos atrás de los hechos.

Pienso que a esta planeación se le debe llamar "desfacer entuertos", no planeación.

Entre estos cambios, se puso de moda el "control de precios", con la razón o pretexto del alza provocada por la guerra mundial (1939-1945).

¡Cuántos capitales se lograron consiguiendo un puesto de "Inspector en la Dirección de Control de Precios"!

Nunca se logró, ni se logrará, bajar precios con leyes, reglamentos, multas o inspectores.

Entonces, corría una anécdota o leyenda sobre un diputado que, estando en una sesión de la Cámara, escuchó al orador en turno decir: -"El alza de precios es causada por la ley de la oferta y la demanda"-.

El, asumiendo su honorable papel de legislador, levantó la mano y replicó: -"Vamos a derogarla"-.

³ Extrañamos los nombres de Estadio Azteca, Niño Perdido, San Juan de Letrán y muchos más.

Los precios de pasaje de tranvías y camiones comenzaron a subir de 3 x 15c. a 3 x 25c., a 25c., a 50c. y a \$1.00. Ahí se detuvo oficialmente el alza. El "pulpo camionero", al no poder aumentar sus ingresos, disminuyó sus egresos, resultando con esto un grave deterioro en la calidad del servicio.

Una y otra vez, se autorizaron nuevos autobuses, más caros, "sólo sentados", que después se convertían en "los que quepan", incluyendo colgados en la puerta.

Ha sido largo y tortuoso el camino recorrido por el transporte público de nuestra ciudad, para llegar (1970) al cómodo y casi eficiente "metro" y a los improvisados "peseros" que, pese a su triste origen de "tolerados" y "amparados", han sido la defectuosa, incómoda y peligrosa pero al fin solución al transporte urbano.

Los automovilistas, aproximadamente el 10% de la población, los odian a muerte y aconsejan eliminarlos, no pensando en el medio de transporte que, a pulso, mueve al otro 90% de la población capitalina, así sea con deficiencias y malos modos para el pasajero, así como estorbo y peligro para la "gente bonita"⁴.

⁴ GENTE BONITA: Especie humana, salida de abajo y que desprecia a los que quedaron abajo y no tienen tiempo ni dinero para dedicarse a las edificantes ocupaciones de ellos, tales como: chismes de sociedad, asociaciones de ayuda a indigentes (celebran sus reuniones con cenas), competencias cotidianas de modas, viajes a Las Vegas, teléfonos celulares o "nacófonos" (palabra de origen mexicana-griego. Naco: hombre sin educación y Fonos: voz), asociaciones de damas religiosas, compra de fayuca; cursos de personalidad, decoración, alta cocina, comportamiento en sociedad, cómo educar a los hijos para su formación elitista, inglés indispensable para nombrar utensilios, alimentos y bebidas fabricadas en el extranjero especialmente para esta clase de snobs, etc. Cursos para damas de alcurnia y desocupadas; y lo más importante: organizar viajes "oficiales" a Suiza para hacer depósitos de "Ahorros".

Nunca se logrará que el capitalino deje su automóvil, nuevo o viejo, mientras no se tenga transporte masivo suficiente y cómodo, siendo además la única solución para disminuir la contaminación provocada por los motores. Actualmente se habla de cambiar los motores de gasolina por eléctricos. ¿De dónde vamos a sacar la electricidad para cargar las baterías? ¿Instalaremos muchas termoeléctricas que también usan derivados del petróleo?

Zacahuitzco

EL CLASISMO imperaba en mi barrio. Existía la gente "decente": Daniel Vela, hombre industrioso que había comenzado con un camión de carga en el que comerciaba con carbón de piedra; años más tarde fundó la próspera empresa "**VELAGAS**", producto de su trabajo, asociándose después con algunos inversionistas alemanes. Las malas lenguas decían que era capital nazi. Después de la guerra murió en un accidente en la carretera de Puebla, desapareciendo su chofer de origen alemán, por lo que corrían rumores de que fue ejecutado por los nazis, dueños del capital.

Otros representantes de esta casta fueron: los Guerrero, los Cerezo, el señor Cerezo nos enseñó carpintería, pues mi padre decía que aunque llegáramos a ser profesionistas universitarios, debíamos aprender algunos oficios; la familia Rivas, dueña de la farmacia Hipócrates. Se cuenta que una de sus hermanas fue la primera esposa de Agustín Lara. Las Blackaller, maestras; los Díaz, muy allegados a mi familia; el señor Velasco, peluquero de profesión, que, a raíz de ser colocado por mi padre en el Departamento del Distrito Federal llegó a oficial del Registro Civil, por lo cual, de la noche a la mañana, se convirtió en un "licenciado"; la familia Reynoso, con su maderería y su hijo médico; el General Vargas y su familia, con la que llevábamos muy buena amistad.

Una familia muy especial, por su sencillez en la manera de vivir y de respetar al barrio. Cada día que la recuerdo aumenta mi admiración por ella. El jefe de la familia era Don Juan Pujol, casado con la menor de las Prieto: Clarita. Las otras hermanas eran María y Anita.

Esta familia llegó a Zacahuitzco al mismo tiempo que

mis padres, y a raíz de un problema involuntario de trazo en la colindancia de los terrenos trabaron gran amistad con ellos, que duró para siempre.

Don Juan Pujol, tranviario de profesión desde la juventud, era un hombre cumplido al extremo, en el trabajo, en la familia y con sus amigos. Fue padrino de mi hermana Lupe, cumpliendo su papel con gran empeño, y haciéndolo extensivo a todos los hermanos.

Don Juan Pujol, a pesar de sus escasos ingresos, cada año compraba un traje y algunas camisas, suficiente ajuar para verse pulcro y bien presentado todo el año. No olvidó sus botines de punta ancha, siempre boleados.

Cada día de su cumpleaños y el de Clarita invitaba a toda mi familia a comer: delicioso mole, caldo de pollo, arroz y frijoles, no faltando naranja rebanada al final, siguiendo la tradición de cualquier comedor de mole que se respeta, pues se decía que era buena para digerirlo, acompañada de una cucharadita de bicarbonato.

Estos banquetes hablaban por sí solos de la tradición culinaria de Puebla, representada por las hermanas Prieto.

Don Juan era discreto, sencillo, educado y muy medido en sus comentarios. No faltaron algunos tontos que lo tachaban de tonto. Yo lo considero una de las personas más inteligentes que he conocido en mi larga vida.

Su lujo rutinario era tomarse una copa con mi padre todos los días. Cuando su reloj de bolsillo, que siempre envidié, marcaba la 1:30, con la exactitud de los tranviarios y los ferrocarrileros de otra época, no de la actual, llegaba y decía: -Compadre, camos a echarnos un timpanazo.

Otra clase social la componían los comerciantes: Don Casimiro, en la carnicería "La Lonja"; Don Castor y Pilarcita, matrimonio español, en la tienda "Abarrotes Lourdes"; Don Hipólito Arrechea, lógicamente Vasco, su esposa Doña Consuelo Puerta, su hijo y su hija maestra, con su molino de nixtamal.

Don Hipólito empezaba su jornada a las tres de la mañana; prendía su caldera, vaciaba el maíz a la tina, le soltaba el agua caliente agregándole cal y se disponía a dejarlo descansar para convertirlo en nixtamal y empezar la molienda en su viejo molino "de piedras", siempre ayudado por su empleado, casi esclavo, quien, al terminar la jornada, a las tres de la tarde, aseaba todo el molino y afilaba las piedras con cincel y martillo, reviviendo las ranuras radiales de éstas con la maestría de un escultor. Don Hipólito tomaba un pequeño almuerzo entre las nueve y las diez. Al terminar su trabajo tomaba una "frugal" comida compuesta de alubias, carne asada, jamón serrano, chorizo, butifarras, tocino y otros embutidos (según mi cálculo, más de dos kilos en total), todo esto lubricado con vino de la casa. Estos embutidos los fabricaba él mismo, sacrificando cada año dos marranos que criaba en un corral anexo a su casa. ¡Comía como vasco!

Era también el prestamista del barrio de Zacahuitzco (sin cobrar réditos) y del contiguo pueblo de San Andrés Tetepilco, donde tenía otro molino que regenteaba un policía. Entre las prendas que dejaban los deudores estaban planchas, ropa, herramientas, etc. Cada año, don Hipólito devolvía las prendas no recuperadas sin exigir el pago del préstamo.

Un buen día, la señora Puerta de Arrechea decidió que debería retirarlo del trabajo; hizo construir una casa en el "nuevo y elegante" **fraccionamiento Villa de Cortés**, quitarle la fea costumbre de vestir y de andar en bicicleta, compró un automóvil Buick 1940, le puso chofer, y a Don Hipólito lo enfundó en traje, camisa de mancuernas y corbata, para introducirlo a la Sociedad.

Dedicaban entonces todo su tiempo a las visitas sociales y a eventos culturales, reflejándose en él la tristeza y el cargo de conciencia por ocupar su tiempo en una empresa tan vacía.

Un buen día, se presentó Don Hipólito, ante su adormilada y elegante esposa, a las tres de la mañana, ataviado con la ropa de trabajo, su pantalón recogido sobre los calcetines y dispuesto a montar su bicicleta para ir a trabajar al molino.

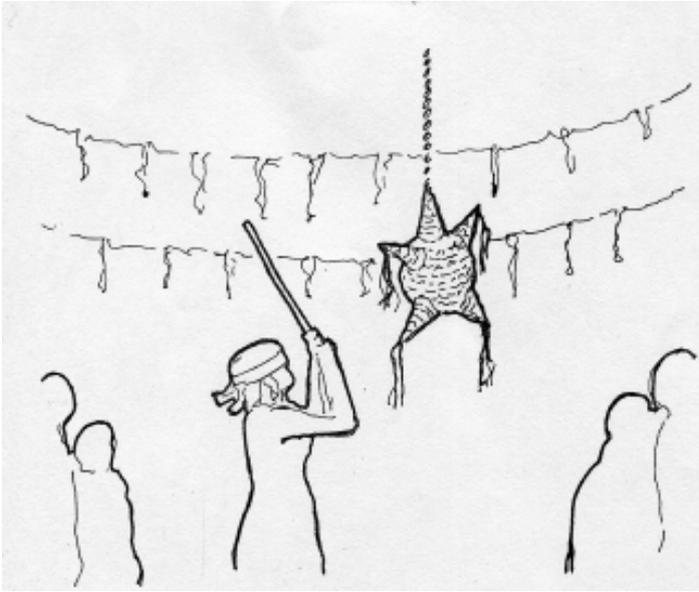
Don Hipólito Arrechea terminó feliz sus días, en donde por años fue su verdadero lugar.

Otros miembros de la clase empresarial fueron don Romancito y su panadería en la calle de Bretaña, don Felipe y su tienda, el dueño de la **tienda "El Menonita"**, a la que normalmente nombrábamos "La Menona"; el judío de la tenería, que siempre nos mandaba su olor ácido a toda la colonia compitiendo con el del Canal de Miramontes.

Otra clase social la componían el panadero con su canasto, el señor de la alfalfa con su burro, la mechuda y don Clemente, que tenían una verdulería y gastaban sus utilidades en pulque, el señor del carretón de la basura, tirado por mulas y que, por cierto, se apellidaba Palafox; debajo del carretón siempre iba su perro fiel a la sombra de éste. El velador, Miguel Segoviano; el "cachuchas", que aseguraban era ratero profesional; el vendedor de tierra de hoja para las macetas; el plomero ambulante; el del puesto de periódicos en la esquina de Calzada de Tlalpan y Bretaña; el zapatero remendón, Moisés, que un día se fue de bracero a Estados Unidos y asombró al dueño de la granja con su habilidad como zapatero, llevándolo éste a la fábrica que tenía en esa misma localidad; el dueño de la **pulquería "La Fuente Embriagadora"**; los japoneses agricultores, atrás del templo de **San Antonio de Padua**, que sembraban hortalizas y unas bellísimas amapolas rojas de las que en esa época yo ignoraba que se extraía el opio que, supongo, era para su uso personal; el coronel Preciado, hombre rudo y armado que tenía una calle entera junto al templo de la colonia, de "viviendas" de un sólo cuarto que rentaba a personas de muy

escasos recursos, pienso que así sentía que tenía cuartel y tropa qué regañar, pues se pasaba el día realmente regañando a sus inquilinos.

En la colonia Zacahuitzco vivían muchachas feas, normales, bellas y muy bellas. Conocí a algunas de ellas pero, como vivíamos más bien aislados de los vecinos, preferí relacionarme con muchachas de otros rumbos y ambientes, con más libertad al estar lejos de mi familia.



Viejas costumbres

MIL NOVECIENTOS TREINTA Y..... Años después, se escuchó la canción "Pre gones", una verdadera recopilación de los gritos de vendedores de cosas o servicios, que recorrieran las calles de la Ciudad por años.

En mi infancia viví estos gritos típicos de los pobladores de los innumerables pueblos, ahora barrios populares, del Valle de México.

Eran muchos los pregones: "Pato cocido, tortilla con chile"; la vendedora, con enagua y huipil, llevaba una "cazuelita" con chile "cascabel" o "pasilla", vaya usted a saber, y dos o tres patos cocidos y "descuartizados".

Cuando alguien oía el pregón, salía al zaguán y llamaba a la vendedora, que, sin mediar palabra, sacaba una

tortilla, le untaba chile con su cuchara de madera y le ponía una hebra de carne de pato; no recuerdo el precio de este delicioso platillo (sin plato).

Otro pregón famoso: "Chichicuilotitos Vifs...". No era que trataban de vender bisteces o bifés de esa garcita diminuta color canela, la voz "vifs" era apócope de "vivos".

Estas maravillas de avecitas las comprábamos en unos cuantos centavos, las dejábamos en el jardín, las perseguíamos dos días, por entre las plantas, con los alimentos más exquisitos: pan, tortilla, granos, carne, etc. Alguna persona que sabía nos indicaba doctamente que comían "mosco". Corríamos al mercado de Portales a comprarlo, regresábamos a la casa y el chichicuilote había muerto de inanición.

Entonces, como sujetos muy previsores, guardábamos el "mosco" (insectos del lago, secos), y nos dedicábamos a vigilar el paso de la vendedora; comprábamos otro chichicuilote, lo perseguíamos dos días, durante los cuales él corría delante de nosotros con su clásico sonido de timbre, y... moría a los tres días.

Invariablemente guardábamos tres días de luto, reprochándonos haberlos asesinado. Después de varias semanas, volvíamos a las andadas.

"Cambio trapo por melcoshhhh..."; este es uno de los oficios más raros que existen (existieron).

El vendedor era fabricante y vendedor de melcocha, que no era otra cosa que azúcar quemada, batida hasta que con las microscópicas burbujas de aire quedaba hecho casi piedra; lo metía en una caja alargada, con un cinto de carnaza para colgarlo al hombro. En el otro hombro llevaba un costal en el cual metía toda clase de trapos viejos que "cambalacheaba" por la melcocha.

El costal era 50 veces más grande que la caja de dulce, pues por tres pantalones y tres camisas nos daba un cm³ de dulce, que partía con cincel y martillo.

"Caños qué destapar"; pregón que no recuerdo si lo escuché en vivo o sólo lo recuerdo por la canción.

"Botellas, fierro, ropa usada que vendan..."; estos comerciantes venían empujando un carro de dos ruedas grandes, y compraban fierros, ropa, botellas y demás chácharas viejas de las que se quería uno deshacer.

Lo que uno vendía, lo pesaban en una báscula romana, tan bien "arreglada" que nunca entendía uno cómo un bulto que apenas se podía cargar, sólo pesaba tres kilos.

"La lecheeee..."; todas las tardes, incluyendo domingos, se oía gritar así al ayudante de Don Felipe, un español viejo, que tenía un establo no sé dónde y un camión de plataforma, sin redilas, desvencijado, caminando con gran pena por las calles, empedradas las principales (eran tres) y de tierra las demás.

La leche era muy buena. Por años siguió Don Felipe con su negocio.

Un buen día, no llegó, al igual que las siguientes semanas, hasta que una tarde llegó un desconocido, gritando "lecheee...". Salimos sorprendidos, viendo con asombro a Don Felipe, con muletas y de muy mal humor. Explicó a mi mamá que, cruzando la vía del tren en la calzada de Tlalpan, su camión se quedó parado "como burro en puente" y el tren los destrozó, al camión y a él.

Estuvieron en el hospital él y el camión, hasta que pudo volver al trabajo.

Años más tarde, Don Felipe pasó, durante tres o cuatro días, con el fin de despedirse de todos sus clientes y presentarles al nuevo dueño del negocio, pues él se retiraba y se disponía a regresar a España.

Ojalá todos los españoles que viven en México hicieran su capital con tanto trabajo y honradez.

Había también vendedores sin pregón, como el pana-

dero, que pasaba con su canasto de pan en la cabeza, aislado de ésta con su cachucha y una arandela de trapo, montando su bicicleta.

Otro era el chino Manuel, que llegaba cada semana por las camisas blancas de mi papá, de esas que tenían los puños y el cuello de quitar y poner. Entregaba las ya lavadas envueltas en papel de estraza, y se llevaba las sucias. Antes de retirarse, me mandaba llamar y me regalaba un centavo, porque yo era su tocayo. Mi tocayo casi no hablaba español, pues era la época en la cual los chinos llegaban a México sin papeles ni dinero, y no los perseguían los agentes de migración.

Otro vendedor con "video" pero sin "audio", nos entregaba a diario veinte centavos de alfalfa, que deben haber sido como dos kilos, para darles a las gallinas y a los conejos.

Mis hermanos y yo tuvimos difteria, el doctor le recomendó a mi mamá que nos diera leche de burra.

Esto no fue ningún problema, pues el vehículo del "señor de la alfalfa" era una burra, que casualmente estaba criando un burrito que la seguía por toda la ruta de ventas. Sólo teníamos qué salir con un vasito en la mano para tomar leche de burra recién ordeñada.

LOS BARRIOS de la Ciudad tenían personalidad, orgullo y tradiciones. Dentro de ellas, habitaban personajes bien definidos y conocidos por todos: tendero, carnicero, boticario, zapatero, sastre, molinero, tortillera, vendedores ambulantes propios del barrio y vecinos perfectamente identificables. Se sabía con bastante exactitud la ocupación de cada uno y las buenas o malas costumbres de ellos. Los policías también eran propios de cada barrio, hasta que entró en vigor la modernización administrativa, que impidió que ellos conocieran a la gente del barrio, pues se decidió que era más práctico y sano para los policías (no así para los vecinos), cambiarlos continuamente de lugar.

Un ejemplo de esto fue el velador Miguel Segoviano, que desempeñó su puesto dentro de la Policía Auxiliar en nuestro barrio, hasta que se retiró, dejando el puesto y el descendiente de su primer caballo, a su hijo. Mi padre aseguraba que dicho vigilante nocturno ponía el clásico silbato a su caballo en los labios y lo mandaba a hacer la ronda mientras él dormía plácidamente en su casa.

Era un alivio para cualquier ciudadano honorable encontrar en una calle solitaria, a altas horas de la noche, al conocido velador, que, respetuosamente, saludaba por su nombre al vecino.

No dudo que también conociera a los rateros de la colonia y les permitiera desempeñar su bien definido oficio bajo su control o tolerancia. Todos tenemos derecho a vivir.

En esos tiempos, el licenciado se vestía de licenciado; el carnicero, de carnicero; el maestro, de maestro; el estudiante, de estudiante; el ratero, de ratero; el policía secreto, de policía secreto, con traje de gabardina y sombrero tejano. En el año en que escribo esto, 1997, nadie puede distinguir a nadie; los estudiantes se visten de malhechores; los profesionistas de "play boys" y los rateros de estudiantes o profesionistas.

¿Puede usted, actualmente, distinguir a un honrado trabajador que se gana la vida sudando, de un asaltante? Los dos visten "jeans", playeras con frases en inglés y zapatos tenis de mil colores, que les vendieron como importados.

Hace diez o veinte años, todos los jóvenes "intelectuales de izquierda", se vestían de "Ches". No se crea que de argentinos de tango sino con gorra vasca y barba incipiente (apenas sombra), en imitación al "Che" Guevara⁵. Tanto el "**Che**" **Guevara** como **Fidel Castro** vivieron un buen tiempo en la Ciudad de México, por el rumbo del **Monumento a la Revolución**, según testimonio de algunos vecinos.

⁵ Conocido "ideólogo" del "doctor" Fidel Castro que, aunque de origen argentino jugó un papel importante en la revolución cubana. Este personaje que creo sincero, al triunfo de la revolución y organización del gobierno, se retiró de Cuba y fue a unirse a otras revoluciones en Centro y Sudamérica, donde murió como héroe.

Clima

LOS CAMBIOS climáticos en el Valle de México han sido notables de 1930 a 1990; la versión oficial es que se debe al enfriamiento del planeta, con su natural influencia en cada lugar.

Los estudiosos lo atribuyeron a cambios de vientos, a los océanos, a las manchas solares, etc.

Poniendo los pies en la tierra, creo que en sesenta años no se puede hablar de un cambio visible en un planeta con una edad de muchos millones de años.

Creo más realista atribuirlo a: deforestación del Valle y montañas que lo circundan en manos de los amigos de los funcionarios, que reciben la concesión de los bosques a cambio de favores y apoyo; desecación de lagos, causada por decisión oficial, al no poder vaciar el agua pluvial contaminada en ellos; excesivo uso de pavimentos impermeables en calles y casas; contaminación de agua, aire y tierra causada por la sobrepoblación y descuido total, abulia e ignorancia sobre las consecuencias fatales que trae la contaminación.

En los treinta teníamos cuatro estaciones bien delimitadas: el invierno era frío y seco; la primavera se distinguía por sus lluvias que propiciaban la siembra, aumento en la temperatura, los aguaceros de mayo y el notable florecimiento de todas las plantas; el verano cálido; el otoño comenzaba con lluvias y, después de éstas, los árboles sacudían sus hojas, comenzando la época de cosecha.

Actualmente, en la última década del siglo, puede llover y hacer calor en la época navideña, prolongarse la sequía hasta fines de mayo y sentirse frío en verano los días de Norte (que no son otra cosa que los vientos huracanados

del Norte en el golfo de México).

Nuestro Valle es una gran cazuela, como aquellas que usaban nuestras abuelas, que evitaban la salida de vapores y por lo tanto de sabores, de los exquisitos moles y demás guisos.

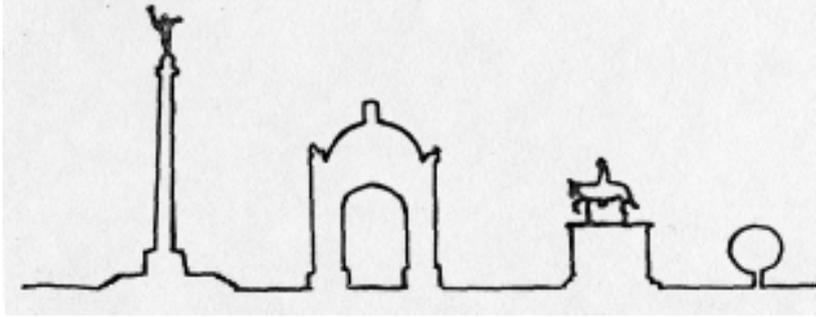
Todo lo que se cocina en el valle: gasolina, petróleo, carbón, hierro, azufre, ácidos, cemento, cal, aguas negras, basura, etc., es retenido celosamente por los bordes de esta gran cazuela.

Pese a todo este horrendo deterioro, la gran urbe conserva una cualidad que, contra toda lógica, molesta a sus habitantes: la temperatura es agradable para el ser humano en cualquier estación del año. El capitalino se queja todos los días, cuando el termómetro marca dos grados hacia arriba o hacia abajo, si llueve, si no llueve.

Cada año y en cada estación, se dice: "Nunca ha hecho tanto frío", "Nunca ha hecho tanto calor", "Vamos a tener un verano insoportable", "Este año va a llover mucho", "Qué invierno nos espera", etc.

Estamos tan acostumbrados al mejor clima del mundo (al decir de los científicos), que ya no lo apreciamos, ni hacemos comparaciones con otras regiones del país y del mundo, en las cuales los fríos y los calores son insoportables.

Las modas de primavera, verano, otoño e invierno, válidas en otros climas, en la Ciudad de México sólo son aprovechadas por los fabricantes y comerciantes de ropa (¡Pobres!, si no, ¿de qué vivirían?) y por las "damas" de una sociedad de nuevo cuño que no saben que "aunque la mona se vista de seda, mona se queda".



Monumentos

LA CIUDAD DE MÉXICO ha tenido la costumbre de representar cada época de su historia construyendo monumentos de la más diversa índole. Se trata de perpetuar la memoria de:

Héroes, según el cristal con que se miren

Personajes políticos, los que están en turno

Hechos históricos, los que el grupo emanado o abortado por la revolución inmediata anterior consideran pertinente grabar en la historia

Hombres de ciencia verdaderos o grillos

Artistas, obras de arte, etc.

Hay en nuestra ciudad algunos monumentos que se han tomado como distintivos de ella:

El caballito, que fue la estatua ecuestre de Su Majestad Carlos IV, y que, por razón natural, sólo tienen importancia un caballo y un jinete como obra de arte escultórico, llevado y traído de un lado al otro de la ciudad y sustituido actualmente en la plaza del mismo nombre por un esperpento de pailería.

La columna de la independencia, o **Ángel de la Independencia**, conjunto muy bello de la arquitectura italiana actualmente convertido en ágora para protestas,

antiprotastas y reivindicaciones de todo género, ya sean de índole política, deportiva, etc. Este monumento fue erigido a principios del siglo XX para las fiestas del centenario de la Independencia, y se ha salvado de ser cambiado de sitio. Además, está tan correctamente cimentado sobre pilotes hincados en la capa firme del valle, que ha sido necesario agregar mecanismos a las cabezas de los pilotes para recortarlos periódicamente pues este no se hunde junto con el resto de la ciudad.

El **monumento a la Revolución**, adaptación post-revolucionaria a una estructura metálica, destinada originalmente a otro uso.

La fuente del **Salto del Agua**, punto final del Acueducto que iba de los manantiales de Chapultepec a la Ciudad de México, actualmente referencia comercial y de medios de transporte.

El Monumento a Cristóbal Colón, más conocido como **Glorieta Colón**, pues al personaje representado en él que fue un geógrafo al que sólo le interesó encontrar una ruta hacia el Oriente, navegando hacia el Poniente, sería hecho responsable de todos los crímenes y saqueos perpetrados por los conquistadores europeos durante los 400 años de dominación española en estas tierras. Afortunadamente él no se enteró, pues se hubiera arrepentido de su tenacidad, como Alberto Einstein del uso perverso de sus descubrimientos científicos.

El **hemiciclo a Benito Juárez**, erigido por Porfirio Díaz, a pesar de su enemistad política.

El **monumento a Simón Bolívar**, muy merecido.

La **fuente de Petróleos**, de belleza semi-clásica y semi-moderna, monumento semi-merecido.

La **pérgola Angela Peralta**, en honor a la gran cantante.

El **parque de la Bola**, en la colonia San José Insurgentes, monumento construido, creo yo, para perpetuar la memoria de la ¡BOLA!

Los dos **monumentos de Garibaldi**, uno en Avenida Chapultepec y otro en la calle de Independencia, que casi nadie sabe nada sobre la vida del ilustre italiano. Hay quien asegura que fue el inventor del mariachi, pues la plaza Garibaldi es el centro de reunión y trabajo de gran cantidad de estos conjuntos musicales.

Las bellas esculturas clásicas de la **Alameda Central**.

El Monumento a los Niños Héroes en Chapultepec.

La **Diana Cazadora**, bellísima escultura que ha sido cambiada de lugar, vestida y desvestida al gusto de los que detentan el poder.

Hay un monumento muy especial en la Ciudad de México, que actualmente sólo sirve de referencia para una estación del metro: es el monumento de los **Indios Verdes**. No tengo la menor idea por qué se esculpieron estas notables figuras de dos indígenas que tienen cierto parecido con los monumentos a los fundadores de la ciudad de Saltillo. El caso es que, desde que estaban como centinelas en la entrada del canal de la Viga, a la zona del mercado de la Merced, se les conoció como los indios verdes, por el color del bronce al estar siempre a la intemperie. Estas figuras fueron trasladadas hasta la entrada de la carretera de Pachuca a la Ciudad de México, inmediatamente después de pasar la **Sierra de Guadalupe**, situada exactamente atrás de la famosa basílica del mismo nombre y que comprende los cerros de Tepeyac, Chiquihuite, Tenayo, los Gachupines, etc.

La fuente de la **Cibeles**, copia exacta de la de Madrid, pero en muchísimo mejores condiciones que aquélla. No sé por qué razón se colocó en México, pero es muy bella.

En el Paseo de la Reforma se han conservado algunos monumentos y se han ido agregando otros: el **monumento al emperador Cuauhtémoc**, en el cual se recuerdan los nombres de los orgullosos nobles aztecas.

En el primer tramo entre el caballito y el monumento a Cuauhtémoc había, y todavía existen, algunas esculturas de distinguidos políticos y militares del siglo pasado, aunque a algunos les han robado el sable o algún otro accesorio.

Al Sur de la Ciudad existe el **monumento al general Pedro María Anaya**, del cual ya comenté al recordar las rutas del tranvías de esta zona.

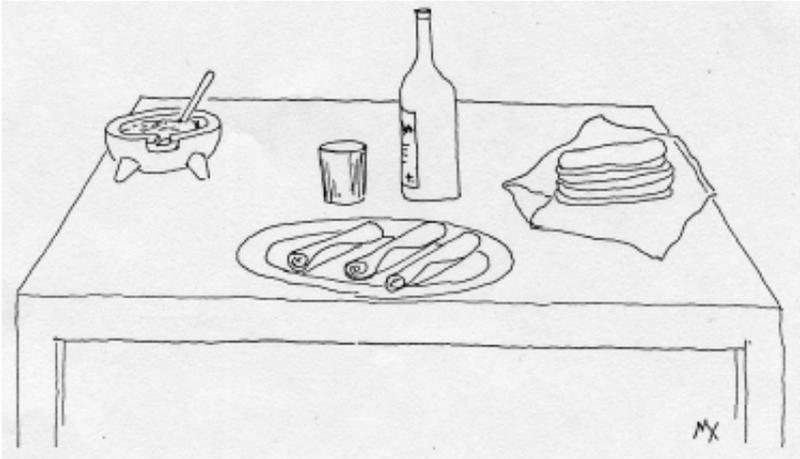
En San Ángel se erigió el **monumento al general Alvaro Obregón**, en el sitio de su asesinato, en el restorán La Bombilla, cuando quiso ser otra vez presidente de la República, después de hablar tanto contra las reelecciones de Porfirio Díaz y además lesionando los intereses de los que, siguiendo el escalafón acostumbrado, creían merecer ese privilegio.

Un monumento muy singular es el llamado "**Árbol de la Noche Triste**", en Popotla, que representa la derrota de Hernán Cortés por los defensores de la Gran Tenochtitlan. Este monumento es un viejo ahuehuete o lo que queda de él, al que se le confirió la misión de asegurar al pueblo que bajo sus ramas lloró el conquistador al verse derrotado. Sea o no verdad, ha cumplido su misión con orgullo y sacrificio.

Dos relojes monumentales son muy importantes, el **reloj chino** de la calle de Bucareli, regalado por China a México y el **reloj turco** en la calle de Bolívar y Venustiano Carranza, realmente donado por los libaneses a nuestra ciudad.

La exageración en la construcción de monumentos - manía nacional- hace que padezcamos monumentos sin ton ni son, como el de **Benjamín Franklin**, en la calle de Londres y Dinamarca. Sólo he mencionado los monumen-

tos que me han venido a la memoria, como ejemplo de los muchos que existen en nuestra ciudad, unos muy merecidos y otros no tanto, pero que, de alguna manera representan la historia de la ciudad y contribuyen a embellecerla.



Platillos

EN NUESTRO VALLE se producían alimentos vegetales y animales muy propios de él, pues teniendo montañas, planos, lagos, etc., se cultivaba una gran variedad de plantas comestibles: huauzontles, cuitlacoques, calabacitas, flor de calabaza, hongos, papaloquelite, elotes, chayotes de muchas clases, chinchayotes, habas, chícharos, ejotes, maíz, frijol, garbanzo, alcachofas, espinacas, acelgas, apio, coliflor, col, lechuga orejona y de la otra, chiles de muchas clases, nopales, verdolagas, quelites, epazote, romeritos, frutas como manzanas, peras, tejocotes, nueces, aguacates, capulines, ciruelas rojas y amarillas, tunas rojas, blancas y pintas (hay qué aclarar que no todos estos vegetales son originarios de aquí).

Animales como pato, guajolote (ahora pavo, gracias a

la influencia sajona), conejo y venado en los cerros, borregos y chivos, acotziles, ranas y pescado blanco en los lagos.

Actualmente, se conservan muchos de estos exquisitos manjares, pero, por el progreso y la influencia de otras culturas en el comercio y la publicidad, pocas familias mantienen viva esta tradición culinaria tan propia y sabrosa.

Los platillos realmente autóctonos son una delicia al paladar y son tan variados, que merecen un libro, o varios, para hablar de ellos como se merecen.

Una sopa de chinchayote (tubérculo de la raíz del chayote), con caldo de pollo y epazote (esa maravillosa yerba aromática que asusta a los nortños); nopalitos compuestos, navegantes, con huevo, asados y capeados rellenos de queso; chayotes rellenos y en caldillo; mole de olla; calabacitas con carne de puerco y elote; tortitas de huauzontle; quesadillas de cuiltacoche, flor, hongos y del queso que les dio el nombre; sopes, gorditas pellizcadas, tlacoyos (nunca he logrado averiguar si son tlacoyos o tlacoyos); habas verdes en chile, verdolagas con carne de puerco; tacos de quelites, de carnitas con papaloquelite y salsa, de barbacoa con salsa borracha (chile, tomate, cebolla, cilantro y pulque); martajadas con requesón, sopa de nopalitos con xoconoxtle (tuna agria) y huevo, revoltijo (mole con romeritos, nopales y camarón, originalmente acotziles o camarón del lago); tortillas blancas, amarillas o azules, atole de maíz; frijoles de la olla negros y bayos, frijoles refritos, guacamole, chilacayotes en chile pasilla, esquites, tejocotes en almíbar, curado de tuna, caldo de habas y otros mil platillos más.

Con todos estos guisos, se podría hacer una dieta, envidia del "vegetariano"⁶.

⁶ VEGETARIANO: persona que es capaz de cocinar estos deliciosos ingredientes, convirtiéndolos en masas informes sin aroma y sin sabor, con lo cual se logra adelgazar, al provocar odio a la comida y rechazo del cuerpo a tales ofensas).

La ciudad capital es un verdadero comedero. En ella se encuentra actualmente a cualquier hora la variedad más increíble de platillos locales, nacionales y extranjeros que uno se pueda imaginar; siempre ha sido así. Piense usted qué platillo quiere degustar, y lo encuentra en la ciudad de México.

Este año, a quinientos del "descubrimiento" de América por los europeos, hay algo que agradecerles a los inmigrantes españoles de todas las épocas: las panaderías.

Estos inmigrantes, con el fin de construir un gran imperio y regresar a España, después de "Hacer América" -aclaro que no todos regresaron, algunos por amor a su nueva patria, otros por la avaricia de dejar el imperio a sus descendientes- nos crearon una necesidad que se nos clavó hasta los huesos, tanto que ahora forma parte de las tradiciones de nuestra ciudad.

El pan de la capital es famoso en todo el país y en algunas partes del mundo. El mejor pan blanco, bolillo y telera que consumimos diariamente y en cantidades exorbitantes, es motivo de encargos especiales por la gente de provincia y algunos extranjeros.

Se cuenta que John F. Kennedy recibía diariamente, durante su trunca estancia en la casa blanca, un embarque de bolillos de la Ciudad de México, de la **panadería "La Espiga"**.

¡Cuántas personas de otras ciudades de la República hacen una escala obligatoria en alguna panadería capitalina, antes de ir al aeropuerto o terminal de autobuses para cargar con una o muchas bolsas de bolillos y bizcochos (pan dulce llamado así porque se cocía en dos etapas para que su delicada costra quedara más "dorada")! Algunas veces estas bolsas de pan son más voluminosas que el resto del equipaje.

En el pan blanco (sin azúcar) existen bolillos, teleras, pambazos, semitas, cañones, birotos, etc. La más extensa

variedad está en el pan dulce o bizcocho. Podemos enumerar: conchas, monjas, chilindrinas, cuernos, novias, gendarmes, cocoles, ladrillos, panqués, trenzas, violines, alamares, roscas de canela, de azúcar, de manteca, volcans, palitos, mantecadas, hojaldras, pelucas, polvorones, donas de chocolate y azúcar, churros, tostadas, orejas, campechanas, etc. Seguramente he omitido muchos más, pero a manera de bibliografía recomiendo consultar la letra de una canción del bien llamado "verdadero cronista de la ciudad", "**Chava**" **Flores**, en la cual habla de la extensa variedad fabricada por nuestros (españoles) panaderos, aclarando que dichos españoles son únicamente los dueños del negocio. Los verdaderos artistas son todos autóctonos y conservan esta tradición con mucho orgullo.

El otro imprescindible auxiliar de la alimentación del capitalino es, al igual que en casi todo el territorio nacional, la tortilla.

En los treinta y cuarentas había distintas calidades de tortillas, buenas, malas y "pasables". Blancas, amarillas y azules. Hacíamos una gran distinción entre las de "tortillería", fabricadas con máquina, y las "hechas a mano" que cada vez son más escasas. En ningún rumbo de la ciudad faltaba la tortillera, que tocaba de puerta en puerta vendiendo su mercancía. En los años cuarenta, cuando la guerra mundial, se puso precio oficial a maíz y tortilla, y se oficializó la distribución del grano, por lo que proliferaron las tortillerías mecanizadas y bajó la calidad de la tortilla. Frecuentemente sabían a humedad, pues la distribución de tal grano en manos oficiales tenía muchas fallas en tiempo y cuidados. Es una verdad innegable que los habitantes de la Ciudad de México que vivieron con anterioridad a los treinta digamos, de principios del siglo a 1920 recuerden otros manjares y platillos típicos de ésta, pues la evolución de costumbres siempre existió, existe y existirá. Uno añora lo que se fue,

y a la vez se amolda a lo presente; en fin, gozamos en este fin de siglo de hot dogs, hamburguesas, pizzas, sushi, chow mein, beef strogonoff, curry, espagueti, tapule, hornos de microondas, asadores al carbón tipo Texas, licuadoras, picadoras y extractoras eléctricas y cápsulas de complementos para la mala alimentación, todo esto también tiene su encanto y todo está a la venta en la Ciudad de México.

Bebidas

LAS COSTUMBRES en bebidas también han cambiado en nuestra ciudad. En los años treinta el pueblo asistía con regularidad a las pulquerías, ya sea para que los hombres tomaran el pulque o para que las mujeres, en una entrada por separado, lo tomaran o llevaran a sus casas donde el que lo consumía casi siempre era el hombre. Había pulque blanco, es decir, puro, sin otro ingrediente, y además los "curados", pulque con alguna fruta o verdura: tuna roja, melón, fresa, zapote, avena, piña, apio, etc.

La cerveza desplazó al pulque por diversas razones. La facilidad que representa el envasado en la planta de ésta, la dificultad en el transporte y cuidado del pulque, que sigue fermentando siempre, las exigencias de las autoridades para dejar entrar esta bebida a la ciudad, con reglas tan fuera de la realidad como exigir una viscosidad mínima al pulque siendo que el verdadero nunca será tan viscoso como pide la aduana. Esta regla hizo bajar la calidad del pulque, pues para cumplir este mínimo se le agrega azúcar y algunas otras porquerías al fermentar.

Las innumerables pulquerías que existían en la ciudad han ido desapareciendo paulatinamente. Al contrario, las cervecerías han ido en aumento. Entre la clase media y alta, se tomaba buen vino tinto, recuerden la letra del compositor argentino Piero que, recordando a su padre, dice "con tranvía y vino tinto", dos representantes de esas épocas, tanto en México como en otras ciudades de América Latina. Entre las bebidas fuertes (destiladas) de los treinta se contaban ron, habanero, ginebra, tequila de Jalisco, mezcal, casi siempre de Oaxaca, el buen brandy español y el cognac francés. Estos dos últimos, consumidos solamente por personas de "buen gusto".

A fines de los cuarentas, con la cada vez mayor influencia de nuestros vecinos del Norte se puso de moda el whisky, bebida hecha de grano que de ninguna manera llega a la calidad de las demás, pero el esnobismo terminó triunfando. El whisky es la bebida de los países nórdicos de Europa, junto con el vodka, que no tienen el privilegio de contar con otras materias primas de mejor calidad como la uva. Con algo se tienen qué quitar el horroroso frío de esa zona.

México produjo buenos vinos de uva, hasta que se permitió usar azúcar subsidiada por el gobierno para abaratar su producción, bajando así la calidad del producto. En los años setentas se eliminó esta opción a los productores de vino, con lo que su calidad mejoró notablemente. Tenemos actualmente en México vinos que compiten con los extranjeros, a pesar de que los nuevos ricos y demás villamelones se llenen la boca pidiendo vinos franceses o alemanes mediante una pronunciación equivocada de sus nombres.

En la Ciudad de México se consume una cantidad estratosférica de refrescos embotellados pues, dado el ajetreo diario, es lo más cómodo para apagar la sed en cualquier esquina.

Las casas

TODOS LOS ESTILOS, todas las modas, todos los materiales y todos los usos han pasado por la ciudad de los "palacios" y "barra cas". El bellissimo colonial, en todas sus modalidades: barroco, churrigueresco, plateresco dejó verdaderos tesoros en la ciudad, como muchísimas iglesias, palacios de gobierno y de personajes distinguidos (ricos). Monumentos, obras civiles, tales como la fuente Salto del Agua, etc. El siglo XIX, sobre todo en su segunda mitad, nos dejó el neoclásico, con sus bellas construcciones representativas y otras atentativas contra el arte colonial, al que substituyeron. También las copias y calcas de la arquitectura italiana y francesa, entre las que se encuentran edificios impresionantemente bien logrados. Este movimiento arquitectónico perduró hasta iniciado el presente siglo XX, durante el porfiriato. Durante la lucha revolucionaria se destruyeron muchos tesoros arquitectónicos, no tanto en la ciudad como en el campo las haciendas que no se utilizaron por miedo a ocuparlas y ser atacados por otros revolucionarios .

Supé por mi padre que un conocido general, entonces coronel, conservaba celosamente, utilizándolos bajo la barra de la cantina, en su residencia de San Ángel Inn, los retablos terminados en hoja de oro que pertenecieron al altar de un templo colonial de la ciudad.

En los años veintes surgió el movimiento de arquitectura mexicana, uno de sus principales exponentes fue el **arquitecto Juan Segura**, quien impuso una incipiente arquitectura con habitaciones más estrechas y adornos basados en "grecas precortesianas". Estas casas se pueden admirar todavía en la colonia Hipódromo y la Condesa.

Después, en los cuarentas, se comenzaron a utilizar materiales olvidados, muy representativos de México, como el tezontle, la cantera y el recinto, pero tratados de una manera más moderna y rectilínea en grandes paños y prismas combinando con aplanados rústicos y lisos.

Con la construcción de **Ciudad Universitaria** se marcó una nueva era de la arquitectura mexicana, aunque en 1952, a su estreno, el entonces ídolo mundial de los arquitectos, Frank Lloyd Right, la calificó de arquitectura "de cajones y palitos" durante una convención mundial de arquitectos que se efectuó precisamente en Ciudad Universitaria. Sin embargo, por la celebración de los juegos panamericanos, y más tarde con los olímpicos del 68, la Ciudad Universitaria, con su estadio, los murales de Siqueiros en rectoría y el gran mural pétreo de la biblioteca, realizado por el gran artista y arquitecto Juan O'Gorman, con piedras naturales de diversos colores, fue reconocida en todo el mundo en contraste con la depreciación académica de la otrora prestigiada institución.

Siguieron otros movimientos arquitectónicos, unos originales y otros "fusilados" de revistas de arquitectura (fusil se nombra a la copia de algo, o también "refrito"). A causa de esto, a la gran **Academia de San Carlos** la rebautizamos como "Escuela Nacional de Fusileros".

La ciudad ha visto pasar edificios de espejo, de concreto con pequeñas ventanas, que más bien parecen bunkers nazis y ahora (1997) está de moda la horrenda arquitectura de arquitos, antepechos con vidrios biselados, columnas redondas, lisas y color rosa, copiadas de la degenerada arquitectura de Miami y otras ciudades invadidas por los capitales árabes y de la mafia de traficantes de droga, que tienen muy mal gusto pero mucho dinero para pagar estos esperpentos.

Los techos bajan con el tiempo, dando la impresión de

que quisieran aplastar a los ocupantes de las casas. En la época colonial, las habitaciones tenían una altura entre 5 y 7 metros; en la época del "art nouveau" (léase francesa), bajaron a 3.5 y 4 metros; en los veintes, a tres metros. Afortunadamente creo que se detuvieron durante los años cincuentas en 2.40 y 2.30 metros, altura que permite andar de pie, respirar y hasta dar pequeños saltos.

En nuestra ciudad también existen, como en todas las orbes del mundo, cinturones de miseria. En ellos se construye - si eso se llama construir- más bien se improvisan, barracas de toda suerte de materiales diversos: tablas, láminas, tubos de concreto, ladrillos de reuso, hojas de cartón "enchapopotadas", etc. Afortunadamente para los que tienen con qué pagar y desafortunadamente para los desplazados que no tienen, las construcciones formales van avanzando y desplazando a esas pobres habitaciones originando un cinturón exterior cada vez más ancho que rodea a la gran ciudad engordando día con día como mujer italiana de película de Fellini. Pasa lo mismo que con el conocimiento: mientras más crece, la circunferencia del "por conocer" que lo rodea es también mayor.

Al crecer la ciudad, el transporte organizado abre sus múltiples tentáculos para unir los nuevos barrios, siempre precedido por el transporte improvisado, invariablemente estorbado y atacado por las autoridades que, como siempre, ponen con retraso la solución, declarando oficialmente organizado a éste y esperando que la operación transporte "tolerado" se repita, para poner la solución, siempre con retraso de años, en el estira y afloja que esto requiere tradicionalmente.

La red de transporte crece, en cada tentáculo nacen otros pulpitos, en cada tentáculo de estos, otros, y así hasta el fin de los siglos y de los barrios.

Vamos a México

CUANDO SE DESEABA comprar barato, no se iba a la tienda de la esquina o a la mercería del barrio. Telas, zapatos, ropa, herramienta, sombreros, abarrotes y demás artículos, sólo se encontraban en el centro de la ciudad. La gente de las afueras (desde el Río de la Piedad en adelante) decía: "Vamos a México".

México sólo se llamaba a la zona comprendida por diez calles a la redonda del zócalo y a la Merced, en ese entonces centro de distribución de víveres del D.F.

Las verduras al mayoreo, sólo se encontraban en **la merced** y **Jamaica**. Este último se ubicaba en la esquina de la Calzada Chabacano y la Calzada de la Viga, al final del canal de la Viga, que comenzaba en Xochimilco, uniendo a México con todos los pueblos lacustres como Tláhuac, Míxquic, Tulyehualco, etc.

Este mismo fenómeno de centralización del comercio se sentía en los demás rumbos del D.F.: Tacuba, Azcapotzalco, Tacubaya, Mixcoac, San Ángel, Coyoacán, La Villa (Gustavo A. Madero), etc.

Actualmente, sólo la gente de provincia dice "*Vamos a México*", cuando viene a nuestra ciudad, y la gente del extranjero dice "*Vamos a México*" cuando viene a nuestro país. Con los años, el concepto *México* ha crecido, abarcando del Bravo al Suchiate. En la actualidad (última década del siglo XX), como corresponde a una gran ciudad, el comercio y oficinas se han descentralizado, y existen en todos los rumbos del Distrito Federal centros comerciales y tiendas de todas las mercancías imaginables, por lo que no es necesario viajar al centro de la ciudad, que cada día se deteriora más,

económica y físicamente, hasta el punto de causar tristeza y miedo deambular por sus abandonadas calles. Existe un pomposo organismo oficial que se dedica a estudiar este terrible fenómeno pero, que a mi manera de ver, sólo está observando su caída sin actuar para evitarlo. ¿Terminaremos llorando su muerte y escribiendo un epitafio sobre su tumba? La clásica disculpa es "hay muchos intereses creados". Lo que realmente significa "no lesiones los intereses de los cuates (amigos) o de algún político o funcionario que va hacia arriba", aunque estos intereses sean mezquinos.

El barrio Universitario

LA UNIVERSIDAD Nacional Autónoma de México es la más antigua e importante -cuando menos lo sigue presumiendo- del país. Es descendiente de la Real y Pontificia Universidad de tiempos de la colonia. Su historia es grande, por ella han pasado casi todos los personajes cultos de nuestro país -historiadores, literatos, ideólogos, abogados, ingenieros, arquitectos, médicos, etc.-. Cualquier joven de la República Mexicana o de América Latina que destacaba en los estudios y prometía ser "alguien", venía a estudiar en ella (con excepción de los yucatecos, que iban a Europa). Todas las escuelas y facultades que la componían estaban en el centro de la ciudad, con excepción de la Facultad de Química, que se ubicaba en el lejano (5 km.) pueblo de Tacuba. La Escuela de Medicina en el edificio que fuera de la ¿santa? Inquisición, frente a la Plaza de Santo Domingo. La Facultad de Leyes, en la esquina de San Ildefonso y República Argentina. La de Ingeniería, en el Antiguo Palacio de Minería, en las calles de Tacuba. La Escuela Nacional de Arquitectura, en la calle de Academia, en esquina con la calle de Moneda. La extensión Universitaria, donde se cursaba la enseñanza Secundaria, en la calle de Licenciado Verdad, entre Moneda y Guatemala y la única Escuela Nacional Preparatoria, en la calle de San Ildefonso. La época más feliz de mi vida estudiantil la pasé en esta escuela, tan llena de historia, tradición y sabiduría que ocupaba el grandioso y vetusto edificio que perteneció al Colegio de san Ildefonso. Su larga fachada cubierta de mosaicos de tezontle en sus paños lisos con resaltados y bien diseñados ornamentos de cantera en pórticos y ventanas, sus tres patios con arcadas bellísimas, sus barandales forjados a mano, sus altos y amplios salones

que envidiarían los estudiantes de Salamanca y la Sorbona, y, brillando sobre todo, el **salón "El Generalito"**, decorado en su interior con ricos lambrines, cornisas y sillería tallados en madera, así como frescos de pintores mexicanos, todo eso dando una sensación de majestuosidad e historia. Allí tuve la suerte y el privilegio de conocer a los maestros, grandes hombres de todas las ciencias: Larroyo y Menéndez Samará, en psicología; Erasmo Castellanos Quinto en literatura; don Carlos Graef Fernández, el doctor Barajas, el Comodoro don Esteban Minor, el maestro de la Borbolla y el maestro López Aguado en matemáticas; el licenciado Méndez Rostro en etimologías; Aniceto Castellanos y Armando García Núñez en dibujo del natural; el arquitecto Zamudio en dibujo arquitectónico, también el Ingeniero y arquitecto Ruiz, don Antonio Díaz Soto y Gama, ideólogo de Emiliano Zapata, don Pedrito Rendón, eterno candidato independiente a la presidencia de la República, junto con Soto y Gama en la época post-revolucionaria, y a muchos más representantes de una generación de educadores que todavía tenía como religión la enseñanza, no limitándose sólo a la técnica, sino preocupándose por la verdadera educación ideológica de los universitarios. Fuera de las aulas, conversábamos y debatíamos con grandes pensadores como Carlos Pellicer, el mismo Soto y Gama, etc. Completaban el ambiente del barrio estudiantil neverías, cafés de chinos, como el Libbys, a la vuelta de la preparatoria, frente a la Hemeroteca Nacional, la cervecería La Norteña, sobre la calle del Carmen, la pulquería de la esquina, donde el maestro López Aguado y don Aniceto Castellanos hacían una escala antes de entrar a su aula y el maestro Castellanos salía siempre tarareando "Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid..." de la zarzuela La Verbena de la Paloma. Todavía lo recuerdo: diminuto, regordete, con la nariz roja, revisando por sobre el hombro de sus alumnos los trazos que hacíamos a lápiz, siempre tarareando esta canción "una morena y una rubia..."

El maestro Barajas nos presumía ser el único sabio mexicano que comprendía la teoría de la relatividad de Alberto Einstein. El maestro de francés, Juvencio López Vázquez, jugaba albures con los alumnos, perdiendo siempre; el licenciado Méndez Rostro nos amenazaba de muerte, siempre cargaba su 45 como correspondía a todo político jalisciense que se respetaba. Muchos años después, murió en una emboscada en Jalisco siendo diputado. El licenciado Maldonado, maestro de historia de México, a quien apodábamos "Santa Annita", por su admiración militarista hacia Antonio López de Santa Anna, nos hacía marchar los domingos en el batallón de conscriptos al que comandaba y que se reunía en el monumento a la madre en las calles de Sullivan, bajo amenaza de reprobarnos.

Un personaje que merece comentario aparte es don Erasmo Castellanos Quinto, el gran maestro de literatura que vestía siempre su jaquet, bombín y jalpargatas!, que eran los únicos zapatos que soportaban sus maltratados pies. Su clase era más bien un libro de la mejor calidad, y de lo más ameno. Hablaba durante una hora -o más si le emocionaba el tema (casi siempre)-, manteniendo a todos sus oyentes -incluidos los espontáneos- con la boca abierta y en silencio absoluto, gozando de su exposición. Un día, en 1946 llegó a tiempo a su clase como todos los días, unas dos horas después observé a una pareja de ancianos; él, vestido igual que el maestro y ella, vestida a la usanza de los años veintes, me apresuré a preguntarles el motivo de su llegada; me informaron que la esposa del maestro había fallecido en la madrugada. Como él la había dejado para cumplir con su trabajo, querían convencerlo que dejara su aula y regresara a su casa. Corrí a buscar al director de la escuela, quien tuvo serios problemas para convencer o casi obligar al maestro Castellanos Quinto, que seguía diciendo: -Nada debe impedir a un maestro impartir su cátedra-. ¡Esos sí eran maestros!

Don Esteban Minor, maestro de trigonometría, durante varios años sólo faltó un día a sus clases: tuvo que ir a Veracruz a asistir al sepelio de su hermano. El, además de en la preparatoria, impartía clases en la ESIME, extensión universitaria y una escuela vocacional del IPN. Se pasaba la vida viajando en tranvía y dando clases. Años después lo encontré en un tranvía, ya jubilado, y me confesó que la percepción era tan baja que vivía en medio de la pobreza y sólo tenía dinero para viajar en tranvía, pero seguía muy orgulloso de su larga vida de maestro.



Extensión

EL DISTRITO Federal era tan extenso como ahora, la gran diferencia era el número de habitantes que vivían holgadamente en su territorio. Las delegaciones que no pertenecían a la Ciudad de México estaban separadas por áreas rurales, en la misma ciudad

algunos barrios eran limitados por sembradíos. Viajando del centro por la Calzada México-Tlalpan las últimas colonias realmente unidas al centro sin intermedios verdes eran la colonia Algarín y la Asturias. Después de ésta, limitaba la zona urbana el hospicio, ahora cuartel de guardias presidenciales, en la esquina de la Calzada de Tlalpan con el Río de la Piedad, ahora Viaducto Miguel Alemán. Después del río estaba, del lado Poniente, la nueva e incipiente colonia Álamos, con pocas construcciones y muchos lotes baldíos. Esta colonia se fundó en 1928. Del lado izquierdo, donde está actualmente la colonia Viaducto Piedad, sólo se veían grandes campos sembrados de maíz, que terminaban hasta la calle de Santiago, donde comenzaba la colonia Moderna. En esa época era realmente moderna, seguida de la colonia Zacahuitzco, donde viví 33 años. Frente a ésta, el pueblo de san Simón, en seguida la colonia Portales, hasta el río de Churubusco, actualmente parte del Circuito Interior. En el lado Oriente, pasando en río, otros campos de maíz hasta el Churubusco Country Club, y así sucesivamente, una colonia y mucho maíz, otra colonia y mucho maíz. Con los años, hay mucha colonia, y nada de maíz.



Templos

LA CIUDAD DE MÉXICO, como toda ciudad construida por los colonizadores hispanos, tiene grabada la característica marca de la Religión Católica: los templos. Cada fraile en cada barrio sintió la obligación de competir con sus correligionarios construyendo templos para que cupieran sus indígenas conversos y luego convertir más indígenas para completar el cupo de sus templos. Así, en el centro de nuestra ciudad existen innumerables edificios religiosos, los principales construidos sobre las pirámides destruidas con lo que creían asegurar el cambio de religión.

En la época de la Reforma a los templos se les dio otro uso, para asegurar el nuevo cambio.

Con el paso del tiempo, los continuos bandazos ideológicos de los grupos en el poder, el odio entre organizaciones se hizo extensivo a las construcciones religiosas. ¿Qué culpa tienen las piedras tan maravillosamente transformadas por nuestros artesanos de los pleitos entre tribus políticas azuzadas por sus líderes?

La Iglesia pagó así el haber actuado de igual forma al destruir otras maravillas como eran los templos indígenas. El tratar de hacer un catálogo de templos de la ciudad corresponde a otros. Los que yo recuerdo en este momento son muchos. Los que omitiré, son más.

En primer lugar, la Catedral Metropolitana en el zócalo. El Templo De San Francisco, La Profesa, San Agustín, San Miguel, San Bernardo, Santo Domingo, La Capilla Del Hospital De Jesús, Santa Inés, La Concepción Tlaxcoaque, San Hipólito, Santa Veracruz, La Enseñanza, Santiago, Las Vizcaínas, San José, San Antonio Abad, El Carmen, La Soledad, San Lázaro, el Convento De La Merced con su estilo mudéjar, la Capilla de Manzanares, y tantas más comprendidas solamente en el centro de la ciudad.

San Francisco, la Conchita, San Juan Bautista, Santa Catarina y Panzacola en Coyoacán; El Carmen, Chimalistac y San Jacinto en San Ángel; El Pocito, El Tepeyac y la antigua Basílica en Gustavo A. Madero; la Iglesia de Popotla, el Convento y San Mateo en Churubusco; también las existentes en Xochimilco, Tlalpan, Mixcóac, Ixtapalapa, Ixtacalco, San Andrés Tetepilco, Tláhuac, Mixquic, Tulyehualco, Milpa Alta, Contreras, San Jerónimo, Azcapotzalco y así, en todos los rumbos de la ciudad y delegaciones del D.F. ahora conurbadas, o mejor dicho, perturbadas.

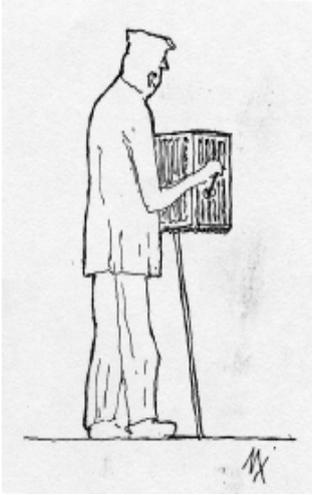
Los cambios sociales al paso del tiempo no han influido en los ministros de la Iglesia, así se han seguido

construyendo templos en todos los viejos y nuevos barrios del Valle de México. Cualquier fraccionador o urbanizador que se respeta incluye en su proyecto áreas de "donación" que comprenden terrenos para mercado, parques, una escuela si bien nos va, pero eso sí, siempre un lote bien situado para el templo.

Desgraciadamente, la falta de preparación de los párrocos y sus feligreses en materia de arquitectura, así como los escasísimos recursos económicos, tienen como consecuencia tardar años en este trabajo y han propiciado que los templos de la época moderna (1810 a la fecha) sean una verdadera ensalada de "estilos" o "sinestilos" condimentados con mal gusto y desproporción en sus elementos.

Han desfilado por nuestra ciudad un horrendo neoclásico; el nórdico neogótico (pareciera que el prefijo "neo" significara "feo"), así como gigantescas barracas informes con alegorías religiosas que son un verdadero atentado a la vista. Son muy pocos los templos modernos que tienen algo de proporción y belleza, aunque en algunos de ellos sea árida esta belleza.

La inocencia en la concepción de la arquitectura logra más belleza natural que cuando se pretende hacer una obra de arte sin ser artista. El ir y venir del dinero y el poder así como los políticos y empresarios de "extracción popular" que, lógicamente, se han olvidado del pueblo, han dado con sus "palacios", "palacetes" y "palacitos" un carácter heterogéneo a la dólida imagen de la ciudad. Sin embargo, la ciudad sigue creciendo y siendo la atracción de propios y extraños, donde a los extraños siempre se les ha considerado como propios.



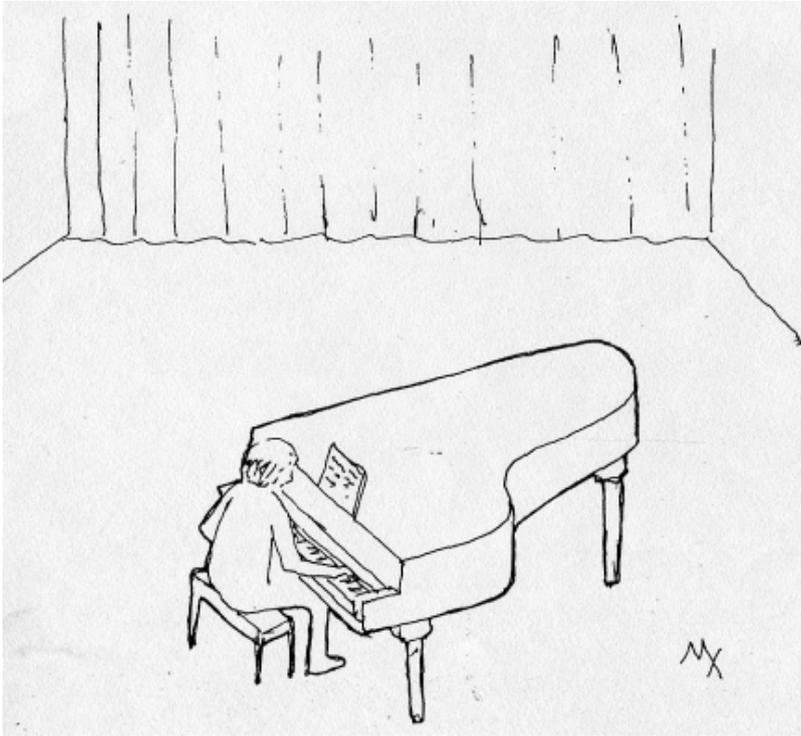
Los cilindreros

TODAVÍA EXISTE en la Ciudad de México (1997) un gremio que ha sido por años un sello muy nuestro: los cilindreros.

Van por la calle desde muy temprano llevando a cuestras su bellísimo instrumento, el cilindro que, accionado por una manivela, da vuelta al rollo perforado, que produce la melodía y a la vez proporciona el aire para que suenen los tubos de una especie de órgano. Son un pretexto nostálgico de la urbe; dejan oír viejas melodías, con el toque muy personal que les infiere el cilindrero, al dar vueltas a la manija cambiando a su gusto el compás. Estas maravillas fueron traídas de Europa por la casa Wagner y Levien, que se dedicó a rentarlas, mantenerlas y a grabar melodías nuevas para nuevos gustos. Desgraciadamente quedan muy pocos cilindros en condiciones de cantar y también muy pocos, a lo mejor uno, expertos que se dediquen a reparar este bello instrumento.

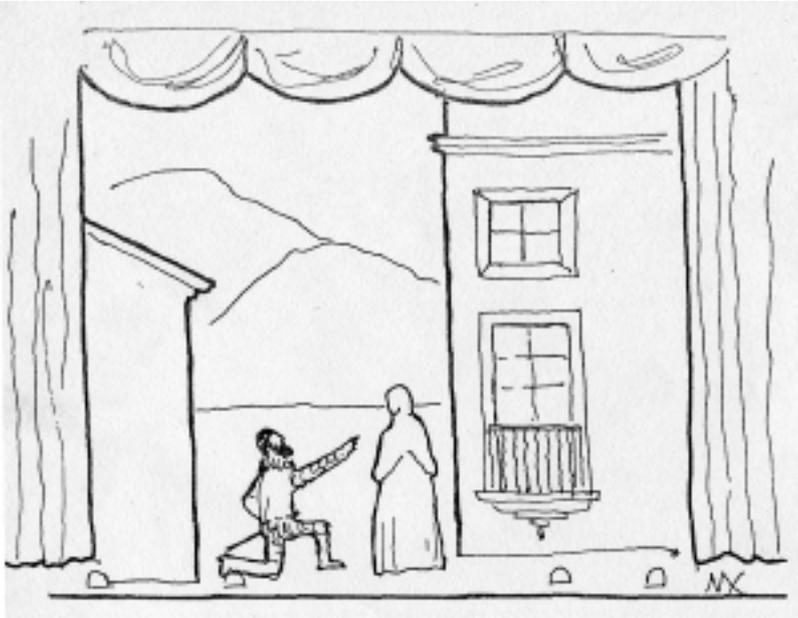
Sitios de esparcimiento

LOS CAPITALINOS teníamos en las décadas de los treinta y cuarentas gran variedad de lugares de paseo y diversión muy bien definidos según los gustos, rumbos, épocas del año y posibilidades económicas. Había salas de concierto, teatro propiamente dicho, teatros de revista, cines, salones de baile, cantinas tradicionales, cervecerías, pulquerías, restaurantes, fondas, centros nocturnos (en ese tiempo los llamábamos cabarets), ferias apegadas normalmente al calendario religioso, pues se instalaban en las fechas precisas de la festividad de cada templo, todavía se conservan algunas. Había también, y esto ha perdurado, aunque en otro tono, juegos de fútbol, béisbol, corridas de toros (este espectáculo que existe desde el imperio Romano y es una reminiscencia de nuestro espíritu bárbaro y el poco aprecio a los seres vivos con el pretexto de hacer arte), peleas de box, arenas de lucha libre, frontón vasco (jai-alai), tenis, aunque reservado a un grupo privilegiado, golf, reservado a otro grupo más privilegiado, clubes deportivos muy exclusivos y también otros populares. Además existían parques públicos, desde la Alameda Central, Bosque de Chapultepec (sólo había una sección, no tres como en la actualidad), plaza Río de Janeiro, Parque Nochebuena (actualmente Parque Hundido), Parque Lira, Desierto de los Leones, el Cedral (ahora Club de Golf México, en Tlalpan), el Jardín de Santa María, la Plaza Tlaltelolco, frente a la prisión militar y la iglesia del mismo nombre, así como los parques centrales de cada una de las colonias de esta capital.



Salas de concierto

LAS SALAS de concierto donde se ejecutaba ópera y música clásica exclusivamente, eran pocas. Desde luego, el **Palacio de Bellas Artes**; la Sala Chopin, en la calle de Puebla; el **Anfiteatro Bolívar** de la Universidad, en la calle de Justo Sierra, aunque en este recinto también se hacían otro tipo de eventos, incluyendo los políticos.



Teatros

LOS TEATROS también eran pocos, casi todos de gran tradición, empezando por el teatro Esperanza Iris, hoy **Teatro de la Ciudad**, el Arbeu, el Lírico, el Principal.

En estos teatros se representaban obras clásicas, sobre todo de autores españoles y mexicanos. Se ofrecían también al público zarzuelas, ese bello género de música y actuación que, aunque se le llama género chico, comparándolo con la ópera, considero que es equiparable a esta en cuanto a calidad musical con la ventaja, para los que hablamos castellano, que está escrita en nuestra lengua y tiene argumentos más acordes a nuestra manera de pensar y sentir.

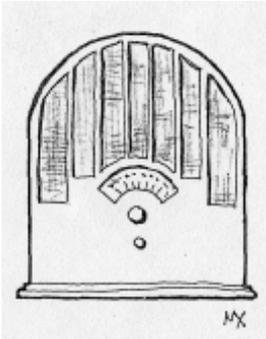
En los treinta tuve la suerte de disfrutar esta hermosa zarzuela con varias compañías especialistas en el género, entre las que destacó la Compañía de **Pepita Embil** quien, siendo originaria de las provincias vascongadas y en unión de su esposo, el tenor Plácido Domingo, nacido en Aragón, España, vivió y representó zarzuela por muchos años en México. A mi hermano Salvador y a su esposa Graciela Saavedra todavía les tocó cantar y actuar en esta compañía junto al ahora famoso **Plácido Domingo**, hijo de don Pla y doña Pepita, por la década de los sesentas.

Otro tipo de teatro era el de revista, En este destacó la compañía del "Panzón" Roberto Soto, padre de Fernando Soto "Mantequilla", quien figuró en tantas películas mexicanas con sus papeles siempre cómicos como patino de la estrella masculina. El "Panzón" Soto fue de los primeros que le dieron el lugar que siempre ha merecido la música mexicana y los personajes característicos de los barrios urbanos y el campo.

Existieron además desde esa época los teatros de revista picarescos, entre ellos el Folies, que estaba junto a la plaza Garibaldi, el Apolo, en la plaza de las Vizcainas, donde, además de presentar bailes lúdicos con algunas bellas coristas y otras no tan bellas, se escenificaba el sexo en toda la extensión de la palabra. En estos espectáculos estaba prohibida la entrada a menores de 18 años, a menos que estos convencieran al que controlaba la entrada con un cuento picaresco que él considerara que el niño sabía tanto o más que un adulto sobre este tema.

En el teatro "serio" cada año se representaba, en Noviembre, como hasta la fecha, el **Don Juan Tenorio**, de José Zorrilla, con la actuación sobre el libreto original del autor, hasta que algunos locutores de radio y actores cómicos decidieron representarlo en plan cómico. Ese es el caso del Tenorio de los Locutores promovido y actuado por don Francisco Rubiales "Paco Malgesto", donde se hacía

una parodia del tenorio incluyendo anuncios comerciales bastante bien lograda, aunque nunca fue de mi agrado. A la fecha son muy pocas las representaciones del tenorio original y en cambio proliferan como hongos las parodias de este, que yo divido en dos categorías: unas de mal gusto y otras de pésimo gusto. El teatro, como espectáculo de categoría, sigue practicándose a la fecha por una gama de empeñosos actores, logrando interpretaciones magníficas de obras clásicas y modernas, aunque estos actores realmente trabajan por amor al teatro, pues no es posible el éxito económico que está acaparado por televisión y fútbol, planeados para espectadores que padecen de pereza mental, o definitiva falta de neuronas.



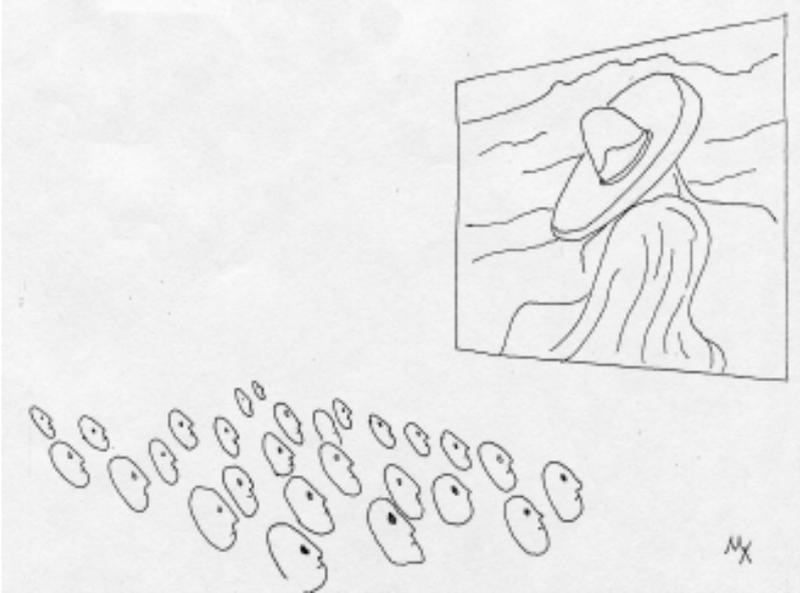
Radio

ERAN MUY POCAS las radiodifusoras en México, pero tuvieron la suerte de ser el único medio de diversión electrónico sin salir del hogar. La **XEW** "la voz de la América Latina desde México" está considerada como la pionera y más importante en su especialidad, aunque su meta principal fue econó-

mica. En ella se encumbró, mantuvo y también decapitó a muchos músicos e intérpretes de la canción popular, algo similar ocurre en su descendiente directa Televisa.

La **XEB** "la estación del buen tono", que debe su nombre a la fábrica de cigarros "El Buen Tono", cuyo fundador fue don Ernesto Pugibet, caballero francés que, además de amasar una gran fortuna, destinó parte de ella al beneficio de sus empleados y al pueblo en general. Construyó el templo que está situado frente al parque Ernesto Pugibet y en la otra acera de la calle de Ernesto Pugibet. Esta radiodifusora, por no tener necesidad de utilidades económicas, impulsó música, teatro del aire y otras muchas muestras de arte y cultura. Me atrevo a afirmar que fomentó igual o más la cultura y el arte que las dependencias oficiales.

Recuerdo que funcionaba una estación de radio, la **XEFO**, del PNR, que después fue PRM y después PRI, en la que dedicaban el tiempo a propagar los logros y promesas del partido en el poder. Considero a esa radiodifusora la madre de "**la hora nacional**", que todavía sufrimos los domingos de 22:00 a 23:00 hrs. por cadena nacional, para que no tengamos otra opción al prender el aparato de radio. Afortunadamente hay opciones fuera de la radio, como discos, cassettes y compact disks.



Cines

NABÍA EN LOS TREINTAS y cuarentas gran variedad de cines, de todos los precios y de todos los gustos. Recuerdo los estrenos en los cines Alameda, Metropolitan, Palacio Chino, estos los de la más alta categoría, la entrada costaba cuatro pesos. Los cines de categoría intermedia, Teresa, Encanto, Opera, Mariscal, costaban dos a tres pesos, según la película exhibida. Los más eran los populares, con un costo por entrada desde 20 centavos hasta un peso, se decía que en los de más baja categoría, al comprar el boleto, le entregaban a uno un garrote para matar a las ratas, que eran más numerosas que el público. En estos se decía que a pulgas, chinches y piojos se les consideraba ya parte del ambiente. Algunos de estos se ganaron el mote de "**cines de piojito**".

Televisión

LA TELEVISIÓN era considerada como un sueño de Julio Verne, aunque hubo locos que aseguraron que sería factible y llegaría a todo el pueblo. En la década de los cincuentas nos dimos cuenta que estos locos tenían razón. Actualmente en los noventas todo el mundo puede, por medio de la televisión, informarse, cultivarse o envenenarse con la gran variedad de programas que ésta difunde.

En los treinta y cuarentas la familia se sentaba en las tardes frente al aparato radiorreceptor en la misma forma que ahora se sienta frente al televisor que no deja nada a la imaginación, pues los "dueños del gusto del público" creen que éste es tanto o más tonto que ellos.

Actualmente se ven sobre todas las casas y barracas de la Ciudad, antenas de TV y hasta "paranoicas" (parabólicas).

A TODOS LOS SITIOS de entretenimiento íbamos en los poderosos, cómodos y limpios tranvías amarillos, que ahora son sólo un nostálgico recuerdo, gracias a que los altos funcionarios del Distrito Federal decidieron que las fuerzas que debían impulsar el transporte eran el petróleo, sus derivados y sus humos.

En la actualidad sólo se trata de convencer a los sufridos habitantes de la ciudad a olvidar el automóvil particular y transportarse en los medios masivos, que todavía no existen en la cantidad y calidad requeridas por la población para evitar la contaminación atmosférica, que se provocó, en gran parte, por la falta de visión, conocimientos y el egoísmo de nuestras autoridades, que en nuestro sistema de revolución sexenal sólo planean las acciones que les den "capital político" para escalar otro puesto y en él actuar en la misma forma que en el anterior y al llegar al puesto máximo dejar el país y gozar la gran fortuna económica que ganaron con el sudor de la frente... de sus gobernados.

Rutas

Tranvías

Portales
Coyoacán
Churubusco
Tlalpan
Xochimilco
Santa María-Álamos
Santa María-Portales
V. Obregón
Mixcoac
Primavera
Tizapán
Tacubaya
La Villa
Ixtapalapa
Chapultepec
Penitenciaría
Piedad
Coyoacán-Obregón
Tacuba
Popotla
San Pedro de los Pinos
La Rosa

Camiones

General Anaya
Coyoacán, Col. del Carmen
Tlalpan
Xochimilco - Tláhuac
Xochimilco - Mixquic
Xochimilco - Tulyehualco
Xochimilco - Ixtapalapa
Peralvillo - Cozumel
Col. del Valle - Coyoacán
Peralvillo - Insurgentes
Roma - Piedad
Circuito - Colonias
Penitenciaría - Niño Perdido
Balbuena
San Lázaro
México - Tacuba
Azcapotzalco
Santa María - Roma
CLASA (México a Estudios
CLASA)

El acabóse

Acabóse de escribir e imprimir a los 9 días del mes de septiembre de 1997, como primera edición particular numerada.

Se imprimieron 20 ejemplares
en la Ciudad de México.

Manuel

El continuóse

Continuóse con una segunda edición electrónica a los 19 días del mes de abril de 2010 como conmemoración de que te fuiste, Cuate, y como una más de mis maneras para seguir contigo, a través de tus recuerdos, y las raíces compartidas. No sólo se lo voy a distribuir a la familia, sino a cualquier persona que le interese la historia de nuestra ciudad natal.

Dudo alguna vez dejar de extrañarte.

Ana Zarina